

POLICÍA SIDERAL

CLARK CARRADOS

El quinto secretario recibió un mensaje cifrado y confidencial. Descifró el encabezamiento, y, sin pasar adelante, se levantó de su despacho y penetró en el inmediato. El cuarto secretario alzó una ceja.

—¿Qué hay, señor Wetzel?

—Este mensaje, señor. Urgente y confidencial. En él se indica que solamente puede ser descifrado por el secretario de asuntos espaciales en persona.

—Bien, señor Wetzel. Démelo; yo lo llevaré a su destino.



Clark Carrados

Policía sideral

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 70

ePub r1.0
LDS 27.06.18

Título original: *Policía sideral*
Clark Carrados, 1957
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




POLICIA
SIDERAL

CAPÍTULO PRIMERO


el *Spacial Tribune* de 2 de marzo de 2.37…

«¿Qué ocurre en las espaciolíneas?

»Confusos informes, la mayoría de ellos contradictorios, acusan una actividad inusitada de las fuerzas de protección sideral, al mismo tiempo que las compañías de seguros han elevado sus primas. Las compañías de viajes espaciales han notado una grave disminución en la demanda de plazas, especialmente en las espaciolíneas que llevan a los planetas externos.

»Nuestros redactores han tratado de entrevistarse con las autoridades competentes, pero éstas han rehuido toda explicación, a lo cual tenemos que

oponernos enérgicamente, con todas nuestras fuerzas. El público, al fin y al cabo contribuyente que sostienen el tránsito espacial, tiene derecho a…».

Del *Spacial Tribune* del 6 de marzo de 2.37…

«EL GRAN KHAN DE CERES NIEGA ROTUNDAMENTE QUE SUS NAVES SEAN LA CAUSA DE LAS PERTURBACIONES OCURRIDAS ÚLTIMAMENTE EN LAS ESPACIOLÍNEAS DE LOS PLANETAS EXTERNOS.

»En una conferencia de Prensa, Su Excelencia el Gran Khan de Ceres declaró de modo definitivo, que las astronaves de su grupo de planetoides no han causado ningún trastorno al tránsito sideral y que, por el contrario, está interesado como el que más en descubrir la criminal pandilla de salteadores del espacio que…».

Del *Spacial Tribune* del 12 de marzo de 2.37…

«El Secretario de Prensa del Gran Khanato de Ceres ha hecho público el informe, según el cual sus técnicos han perfeccionado un cohete capaz de alcanzar velocidades próximas a la luz, y dotado de cabeza explosiva energética.

»El Secretario de prensa agregó, además que en breve plazo, el Secretario de Estado del Gran Kanato de Ceres saldrá para Marte, con objeto de asistir a la próxima Conferencia del Desarme Interplanetario. “Las intenciones de su Excelencia el Gran Khan —manifestó a las periodistas— no son otras que las de un ardiente deseo de paz y colaboración entre…”.

Del *Spacial Tribune* de la misma fecha.

> «CATÁSTROFE SIDERAL. 350 MUERTOS Y MÁS DE DOSCIENTOS DESAPARECIDOS.
>
> »Una catástrofe sin precedentes ha ocurrido en las espaciolíneas a los planetas mayores cuando una nave que, procedente de la Tierra, con escala en Marte se dirigía hacia Titán, con casi seiscientas personas a bordo, entre pasajeros y tripulantes, la “Penélope”, éste era el nombre de la astronave, que asaltada repentinamente por otros cuatro aparatos, los cuales dispararon varios torpedos contra la misma, antes de atacarla y llevarse un valioso cargamento que portaba en sus bodegas. Todas las patrullas de Policía Sideral se dirigen hacia el lugar del suceso…».

* * *

El quinto secretario recibió un mensaje cifrado y confidencial. Descifró el encabezamiento, y, sin pasar adelante, se levantó de su despacho y penetró en el inmediato. El cuarto secretario alzó una ceja.

—¿Qué hay, señor Wetzel?

—Este mensaje, señor. Urgente y confidencial. En él se indica que solamente puede ser descifrado por el secretario de asuntos espaciales en persona.

—Bien, señor Wetzel. Démelo; yo lo llevaré a su destino.

El cuarto secretario pasó el mensaje al tercero, éste al segundo, y de aquí pasó a las manos del primer Secretario, quien, sin pérdida de tiempo, incurrió en la descortesía de penetrar en el sacrosanto refugio del honorable Peter Van Duyk, secretario de asuntos espaciales de la federación Planetaria.

El honorable Van Duyk sorbió ruidosamente, como cada vez que trataba de mostrar su enfado. Pero su primer secretario no hizo el menor caso del gesto.

—Señor —dijo—, este mensaje. Urgente y confidencial. Para ser descifrado solamente por usted.

El honorable Van Duyk pareció remitir en su silencioso enfado. Tomó la delgadísima línea de metal, en la cual había grabada una interminable serie de números y letras de modo fotostático y la leyó con concentrada atención.

La clave de aquel mensaje estaba en el propio y sagacísimo cerebro del honorable Van Duyk por lo que muy pronto pudo lanzar un reniego de los que no figuran en el diccionario y que tuvo la virtud de dejar paralitico de asombro a su circunspecto primer Secretario.

—Rápido —dijo al fin—, pida mi coche. He de ver al presidente en persona. Dígale al jefe de la policía sideral que se reúna allí conmigo. Vamos, hombre, no se quede ahí helado. ¿Es que no ve que tengo prisa?

El primer Secretario salió pitando del despacho, en tanto que el honorable Van Duyk se ponía en pie, lanzando por su boca una serie de imprecaciones que ponían muy en entredicho su honorabilidad. Cuando su primer Secretario le dijo que el coche estaba dispuesto, tomó una cartera en la cual había metido un pequeño librito, encuadernado en piel roja, y salió a todo correr, como si le persiguieron cien legiones de demonios.

* * *

En un punto del firmamento, muy alejado de la Tierra, había un grupo de personas, situadas a prudencial distancia de un lugar en el que había emplazado un cohete a punto de ser disparado. El cohete no era de gran tamaño; apenas si medirla unos cinco o seis metros de longitud, por menos de uno de diámetro; y en conjunto parecía una gigantesca pluma estilográfica de propaganda, cosa que quedaba desvirtuada en parte por las aletas de cola que servían para estabilizarlo en su trayectoria por atmósferas gaseosas. De pronto, uno de los hombres apretó el botón, y el cohete, rugiendo demoníacamente, se elevó en el espacio. Desapareció en contadísimos segundos, como si jamás hubiera existido.

Aquel grupo de personas se acercó entonces a la enorme pantalla detectora, de un par de metros en cuadro, a través de la cual era posible seguir la terrible velocidad del artefacto. Una voz mecánica iba ladrando las cifras de la velocidad, contadas en millares de

kilómetros.

—«… Ochenta…, ciento cinco…, ciento sesenta…, doscientos veinte…, doscientos cuarenta y cinco…, doscientos sesenta…, doscientos setenta y cinco…».

—Es una velocidad asombrosa —dijo de repente alguien, una persona a quien todos rodeaban con profundas muestras de deferencia.

—Esperamos dentro de poco superar la barrera lumínica, señor —contestó uno de los hombres, con aire de ser el jefe del grupo de científicos allí reunidos.

—«Doscientos Ochenta…», —graznó el altoparlante.

—¡Atención!, —exclamó el jefe de los científicos—. ¡Ya falta poco!

Las miradas de todos los circunstantes se centraron en la pantalla. Súbitamente, un gran chispazo restalló en el vidrio deslustrado y luego se apagó.

—¡Control de tensión! —Pidió el jefe de científicos.

—¡Tensión, 700! —repuso otro.

Varios pares de ojos se dirigieron hacia una esfera graduada en la que se veía una aguja roja, que oscilaba con irregulares saltos, pero siempre tendiendo a aumentar.

—¡Tensión, 750, subiendo!

—¡Tensión, 790!

Hubo una pausa de expectante silenció.

Más silencio. Bocas resecas, tragando saliva con dificultad. La aguja parecía ahora reacia a avanzar.

—¡Tensión, 795… estabilizándose!

Pasaron dos minutos.

—¡No hay más aumento de tensión, señor! —exclamó el controlador—. Se ha estacionado en los 795.

El jefe de los científicos se volvió hacia el alto personaje.

—Señor, a pesar de todo, éste es un notable avance en nuestros experimentos. No tardaremos mucho en llegar a tensión 1000 y entonces…

—Y entonces… ¿qué?

—No habrá fuerza humana capaz de contrarrestar la potencia del proyectil, señor. Pero por ahora necesitamos materiales estratégicos que…

—Está bien —contestó el alto personaje—. Daré las órdenes oportunas para la búsqueda de esos materiales. Se los proporcionaré, cueste lo que cueste.

* * *

Angus Kilroy, más conocido por Gus entre sus amistades, por Kilroy el «Perro» entre sus enemigos, y por «Bronco» Kilroy entre los que no eran ni lo uno ni lo otro, levantó la cabeza de las manos que la sostenían por la nuca al oír girar una llave en la puerta de su encierro. Lentamente se puso en pie, desarrollando toda su interminable estatura, repleta de una poderosa musculatura.

La fortaleza de aquel inmenso corpachón, agilísimo no obstante, quedaba ligeramente atenuada por la infantil expresión del rostro de Gus cuyos ojos azules daban una engañosa sensación de ingenuidad que solía sorprender a todos cuantos le conocían solamente de oídas. Pero los que le conocían de algo más que mencionar su nombre, sabían de qué cosas era capaz Gus, aunque nunca le hubiera supuesto nadie tan osado como para chafarle las narices de un terrible puñetazo a un coronel de la policía sideral desposeerle del mando y tomar el de la astronave, contraviniendo todas las órdenes habidas y por haber.

Esto le había valido la degradación momentánea, y el encierro en espera del consejo de guerra, cuyo más afortunado final sería el de ser alojado para siempre en los barracones de hielo de los condenados en la Fortaleza Negra de Plutón, Si es que el tribunal no tomaba muy en serio los alegatos de la defensa, en cuyo caso la cámara desintegrarte sería el lógico final de un amotinado en misión de servicio, con lesiones a superior.

Miró al hombre que acababa de aparecer en la puerta. Dos más, armados con largas pistolas desintegrantes, de pavoroso cañón, permanecían prudentemente a un par de pasos de distancia.

—Kilroy, venga con nosotros.

—¿Adónde? Quiero saberlo; estoy en mi derecho —refunfuñó Gus.

—Usted no tiene ahora otro derecho que el de callar —contestó el oficial—. O se viene conmigo de grado, o me lo llevo desmayado a golpes.

Gus miró especulativamente la larga porra de fresno que llevaba el tipo y comprendió que resistirse era una tontería, cuando menos por el momento. Se encogió de hombros y se inclinó, tomando la cazadora que tenía sobre el lecho y colgándosela de un hombro.

—Listo, esbirro —dijo, pasando por su lado sin mirarlo.

Flanqueado por los dos guardias, recorrió el largo pasillo subterráneo, iluminado eternamente en el cual, y a intervalos regulares, había numerosas puertas, todas cerradas herméticamente en aquellos momentos. Gus se imaginó la tortura de las personas encerradas en aquellas celdas, aguardando una condena que no tendría nada de leve, y a pesar de hallarse en las mismas condiciones, les compadeció.

El final del corredor era un ascensor, en el cual penetraron los cuatro hombres. Gus pensó por un momento en desarmar a un guardia y tratar de evadirse, pero, por propia experiencia, y antes de haber sido encarcelado, conocía lo difícil de llevar a buen término tal intentona. Además, dada la hora que era, no era presumible que le llevaran siquiera al tribunal, por lo que se dejó llevar.

Parpadeó al hallarse en un lugar, si bien muy conocido de él, muy poco frecuentado en cambio. Dos personas había allí, y una de ellas, con un gesto de la mano, despidió a la escolta. Gus se quedó solo con el jefe de la policía sideral, general Akrum, y la otra persona.

—No puedo decir que le doy la bienvenida, capitán Kilroy —refunfuñó el general—. Por el contrario, he de manifestarle que su presencia aquí me resulta harto desagradable.

—Podía habérselo evitado dejándome abajo, señor —contestó Gus con desfachatez.

Akrum no hizo caso.

—En primer lugar, capitán. —Gus parpadeó por segunda vez al oírse dar un calificativo con el que ya no contaba—, he de presentarle al honorable Peter Van Duyk, secretario de asuntos espaciales.

Los dos hombres intercambiaron entre si breves inclinaciones de cabeza. Akrum continuó:

—Le hemos mandado llamar, capitán, porque es al hombre que necesitamos.

Gus soltó una rápida carcajada.

—¿Yo? No me haga reír. ¿Qué falta le puede hacer a la federación un hombre que…?

—Cállese, capitán, y no se precipite. El honorable Van Duyk le explicará mejor que yo los motivos de mi llamada.

El honorable, intercalando en su perorata varias frases indignas de su elevada condición, y que escandalizaron no poco a Akrum, habló durante diez minutos largos. Cuando terminó, Gus soltó un irrespetuoso silbido.

—¡Fiuuu…! ¡De modo que eso es lo que pretenden de mí, ¿eh?

—Usted lo ha dicho, capitán.

—He perdido el rango, general —declaró Gus, audazmente.

—Se lo devolvemos… condicionalmente. Si todo sale bien, no solamente olvidaremos las narices del coronel
Hi-Hal,
sino que le ascenderemos al grado superior.

—¿Y me regalarán bombones, además? Oiga, general: ¿cree que soy tonto? ¿Por qué no me envía directamente a la cámara desintegrarte y así acabamos más pronto?

Akrum rebasó a Van Duyk en el calibre de los reniegos.

—Porque, no podemos obrar de otra forma, ¿me entiende? Y a usted tampoco le queda otro remedio que aceptar esta oferta. Capitán, usted es un hombre perdido. Aun suponiendo que su defensa fuera tan hábil que lograra arrancarlo absuelto de las garras del tribunal, ¿a quién se le ocurriría emplear sus servicios? Como detective privado, y dados sus antecedentes, no obtendría la patente; y como piloto espacial, ninguna compañía le daría siquiera el cargo de camarero. Ya ve usted, pues…

—Si —exclamó amargamente Gus—; veo que me tiene cogido por el pescuezo con las dos manos y que no puedo librarme. Bien —añadió—, supongo que, por lo menos, me dejarán llevar el asunto a mi manera, ¿no es así?

—Hasta cierto punto, si, capitán. Usted irá embarcado en la nave, y será expulsado de los límites de la federación. Naturalmente, no le quedará otro remedio que adentrarse en los dominios del Gran Khanato y…

Gus soltó un escupitajo.

—Ya lo veo. O aquellas fieras me liquidan, o yo las liquido a

ellas, ¿verdad?

—Celebro la rapidez de su comprensión, capitán —repuso Akrum fríamente—. A partir de ese momento, todo lo demás depende de usted mismo y de su inteligencia.

Gus mascullό unas palabrotas entre dientes, Luego inquirió:

—¿He de elegir yo la tripulación o me la eligen ustedes también? —Lo segundo, capitán— dijo Akrum, y apretó un timbre.

Pasaron unos segundos antes de que la puerta se abriera. Un tropel de gente fue arrojado al interior de la estancia por unos cuantos guardias, y luego un oficial, con voz enérgica, les ordenó alinearse. Gus se volvió, atónito.

El general Akrum salió de detrás de la mesa.

—Venga conmigo, capitán; le voy a presentar a los miembros de la dotación del «Anfitrite», que es el nombre de su astronave.

Aquellas personas permanecían inmóviles, en pie, custodiadas por los guardias. Había ocho y Akrum fue dando sus nombres a medida que pasaban ante ellos.

—Capitán, éste es José Albano, un notorio ladrón, aunque habilísimo mecánico de radio y espaciocomunicaciones. Mucho cuidado con él; le robará las insignias de su cargo, sin que se de cuenta.

Albano de mediana estatura, delgado, rió desagradablemente, enseñando unos dientes amarillos por el uso del tabaco. El siguiente era un tipo redondo, grueso como una bola.

—Su segundo en el mando, exteniente coronel de la policía sideral, Roger Corsimac, quien consideraba que la caja de su unidad era para su uso particular. Vea ahora, capitán, a Lester Fillis, asesino a sueldo. Pero un artillero excepcional. ¿Qué le parece?

Gus miro al indicado. Vio los ojos saltones de Fillis, en los cuales brillaba un ansia homicida, y el leve temblor de sus manos, anhelando cerrarse alrededor de un cuello. «Es el tipo ideal para una pesadilla», se dijo. Akrum continuó:

—Estos dos, Boris y Nikita Omaniev, son desertores de la policía sideral, vagos, ladrones, borrachos y pendencieros. Dos hábiles tiradores, sin embargo… pero esto no ocurre con frecuencia, porque casi siempre están embriagados, y entonces el cañón de su pistola se les multiplica por dos… o por cuatro, vaya usted a saber.

El sexto era un hombre alto, delgado, casi esquelético. «Tiene

pinta de predicador mormón», gruñó Kilroy para sí.

—Este atiende por el nombre de Ian Ogeanu, y es tan buen astropiloto como el primero, lo malo es que, de vez en cuando, para aumentar sus ingresos, se vende algún motor nuclear a los del Gran Khanato, y eso tiene una única pena, Kilroy. ¿Sabe usted cuál?

Gus dijo que bueno, que si lo sabía, le tocó el turno al séptimo. Un fulano que parecía arrancado de una selva africana y vestido de hombre. Las manos le llegaban casi hasta el suelo, y del rostro, cubierto casi todo él de un espeso vello, apenas si eran visibles los cinco orificios de los ojos, la nariz y la boca. Gus le calculo un peso de ciento cuarenta kilos al menos y una potencia muscular de una docena de H. P.

—Aunque a usted le parezca mentira, esto no es un gorila, sino un hombre, y lo mismo acude si le llama a silbidos que por el nombre de «Tonelada» Bauson. Asesino —concluyó secamente. Akrum, y se detuvo delante del último miembro de la original tripulación.

Gus examinó a su sabor a la muchacha alta, delgada, pero con las correspondientes curvas en su sitio, con ojos verdosos, y largo cabello de color de miel, que le llegaba hasta los redondos hombros, y que miraba al frente, sin querer verlos.

—Fray Hill, capitán, tiene todo el aire de una modelo parisina, pero es una afamada doctora y una magnifica investigadora… aunque en su ansia por investigar lo hizo acerca de cosas prohibidas.

Gus se volvió hacia Akrum.

—¿Qué papel desempeña la doctora en la expedición?

—El que usted quiera, capitán —se encogió Akrum de hombros —. Precisamente la enviamos con usted, porque no veo otro medio de que salve su vida. Oficial, que se lleven a los prisioneros.

Unos momentos más tarde, los tres hombres volvían a quedar solos. Gus se apoyó en la mesa con ambas manos.

—General, ¿ya sabe usted que es muy posible que no regresemos jamás?

—¿Por qué se cree, pues, que les enviamos allá? —repuso heladamente el interpelado.

—¿Y no teme que les traicionemos y nos pasemos al bando contrario?

—El Gran Khan suele divertirse con los espías que le enviamos, de una manera que prefiero dejar que sea usted mismo quien la vea, capitán. No, no tengo miedo a que me traicionen; el Gran Khan tiene sus espías propios y no admite los… digamos importados. Ustedes no tienen otro remedio que triunfar… lo morir!

El estómago se le contrajo bruscamente a Gus al oír las últimas palabras.

CAPÍTULO II



a «Anfitrite» estaba ya en órbita libre. Gus Kilroy se quitó las correas de sujeción e, inclinándose hacia adelante, tras haber conectado el piloto automático y el deflector de meteoritos, golpeó con el índice una tecla de su cuadro de mandos.

—Toda la tripulación, reúnanse al momento en el comedor de la nave.

¡De uno de los cajones adjuntos extrajo una pesada pistola desintegrante! Examinó el indicador de carga, y pareció satisfecho. Luego, la metió en su funda, sujeta a un cinturón y se ató éste a la cintura.

Gus Kilroy comprobó si la pistola salía satisfactoriamente de la funda. Llevaba la culata del arma al aire, como los viejos pistoleros del Oeste. Siempre, a despecho de todas las ordenanzas, lo había hecho así. Su profesión le había enfrentado con peligrosos criminales, en la lucha contra los cuales, una décima de segundo

podía significar la diferencia entre la vida o la muerte. Ahora, con la tripulación que llevaba, tenía que andar con idénticas precauciones.

«Parezco el capitán de una nave pirata», suspiró, echando a andar.

En la nave no necesitaban de correas transportadoras. El metálico suelo estaba magnetizado, y sus sandalias, de flexible acero, eran atraídas con la suficiente fuerza para no salir volando impensadamente contra el techo.

Abrió la puerta de la cabina de mandos, pasó por el cuarto de comunicaciones, atravesó el control de energía, y llegó finalmente al comedor. Sus subordinados estaban allí, en diversas posturas, muy poco respetuosas todas ellas.

No se sentó; por el contrario, casi al lado de la gran mesa, quedó mirándolos, escrutando uno por uno los ocho rastros de aquellos indeseables; aquéllos fuera de la ley, casi todos condenados a muerte o poco menos. Albano estaba descalzo y, con las manos tras la nuca y los pies en un muro, acostado horizontalmente en el aire, le sonreía desagradablemente con su caballuna dentadura. Fay Hill fumaba impasible. Los dos hermanos Omaniev permanecían erectos, en un rincón, con los brazos cruzados. Corsimac aspiraba el humo de un pitillo a través de una larga, boquilla, en tanto que sus manos barajaban rápidamente unos naipes, con los cuales estaba haciendo un solitario. Ninguno de ellos se molestó en saludarle.

—Les supongo enterados de parte de su trabajo —empezó a decir, tras una larga pausa de especulativo silencio—, aunque no de las interioridades del mismo. Voy a explicárselas, porque no quiero que ninguno de ustedes ignore las dificultades con que vamos a encontrarnos.

Una burlona risita sonó de pronto. Gus se volvió hacia Lester Fillis.

—¿A qué dificultades se refiere, capitán? ¿Es que todavía tenemos que esperar algo peor de lo que nos ha pasado?

—¿Cree usted, Fillis? —volvió a preguntar Gus fríamente—, ¿que si nos han librado de nuestra prisión ha sido precisamente por nuestra cara bonita?

—En el caso de la doctora, pudiera ser —dijo Ogeanu—. Es guapa, ¿eh?

La interpelada no hizo el menor caso. Continuó impávida, extrayendo largas nubes de humo de su cigarrillo.

—Les agradeceré que no me interrumpan más de lo necesario, señores —dijo Gus—. Quiero explicarles en qué consiste nuestra misión.

—En suprimir un estorbo —murmuró de repente Albano, desde su posición de mosca.

—Muy inteligente. —Gus le miró—. ¿Cómo lo adivinó, Albano?

—Akrum no suelta a un hombre que está a punto de morir si no es para «gastarlo» en algo que le rinda una utilidad —rió Albano—. ¿No es así, chicos?

Hubo un gruñido colectivo de asentimiento. Gus continuó:

—En dos palabras, nuestra misión es ésta: liquidar, por todos los medios posibles, al Gran Khan de Ceres.

Gus aguardó unos instantes, contemplando la expectación que sus palabras habían levantado. Hubo un instante de consternado silencio, roto al fin por la chillona voz de Corsimac.

—Eso es una locura, capitán. ¿Cómo piensa usted llegar hasta Cereida, la capital?

—Sí, díganoslo —masculló el hasta entonces silencioso «Tonelada» Hanson—. Decirlo es muy fácil, pero ¿y hacerlo?

—¿Ha contado usted —inquirió Nikita Omaniev—, con las barreras detectoras de Ceres, que impedirán que lleguemos, no solamente a la capital, sino al planetoide?

—Y aunque lo consiguiéramos, ¿de qué manera forzaríamos la guardia del Palacio del Gran Khan? —preguntó su hermano.

Gus dejó que pasara el aluvión de preguntas. Luego miró a la impasible Fay Hill.

—Doctora, de todos cuantos estamos aquí es usted la única que no ha hablado. ¿No tiene ninguna opinión que dar?

La interpelada se encogió de hombros.

—Dicen que el opinar es cosa de hombres. Allá ustedes con el plan a desarrollar. No cuente conmigo sino como una espectadora de primera fila.

—Su deber es colaborar con el equipo —se amoscó Gus.

Ella soltó una grave carcajada.

—¿Mi deber? ¿A qué deber se refiere usted? ¿Acaso a ese que, según los idiotas que han hecho un culto de la ideología, he de

tener para con la Federación? ¿Yo, un deber para con la Federación que me ha hecho…? —El esbelto seno de Fay jadeó un momento a causa de su agitada respiración provocada por un interior tumulto, y luego, recobrándose, se echó a reír—. Es igual, capitán; ¿para qué contar historias de folletín?

—¡Lo único que debíamos hacer es aprovecharnos de la ocasión y largarnos por ahí! —gritó de pronto Fillis.

Gus miró hacia el pistolero.

—Me parece una gran idea —aceptó plácidamente Albano—. ¿Para qué arriesgar el pellejo por unos cuantos tipos, que hace apenas nada de tiempo querían liquidarnos?

—¡Al infierno con el Gran Khan y la Federación! —masculló Hanson—. Que se arreglen ellos mismos sus problemas. A nosotros nos traen sin cuidado.

Eso mismo —aprobaron los hermanos Omaniev a dúo—. Si quieren eliminar a ese fantoche de Ceres, que lo haga Akrum. Para eso le pagan.

Gus agitó las manos un momento, tratando de imponer calma.

—Señores, señores, un momento, por favor. Antes de pasar a discutir esa propuesta, tan acertada como original, sería muy conveniente se fijarán en un pequeño detalle: no podemos huir y, como sería el común deseo, enviar al cuerno la misión confiada.

—¿Por qué? —inquirió Fay con languidez.

—Me gustaría poder olvidar el hecho indudable de que hemos sido remolcados hasta aquí por dos patrulleros policiales y empujados fuera de los límites siderales de la Federación. Ahora estamos dentro de los del Gran Khanato… y no nos queda otro remedio que seguir adelante.

Alguien silbó, repentinamente preocupado. Ogeanu hizo una pregunta.

—¿No sería imposible retroceder y buscar una espaciolínea poco concurrida qué…?

Gus movió la cabera enérgicamente.

—Imposible —repuso—. Esta región del espacio está más vigilada que nunca, debido a los frecuentes asaltos sufridos por las astronaves terrestres, y hay orden de disparar contra la «Anfitrite» si se le ve fuera de las fronteras del Gran Khanato.

—Total, que nos convierten en proscritos con el fin de que,

defendiéndonos como gato panza arriba, liquidemos al jefazo de Ceres, ¿eh? —rezongó Albano.

—Exacto —replicó secamente Gus.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Ogeanu.

—El Gran Khan estorba a la Federación; eso es todo cuanto sé.

—Y nosotros —dijo Hanson—. Tenemos que resolverle la papelera, ¿verdad?

—Tú lo has dicho «Tonelada». Y no tenemos otro remedio que hacerlo, si queremos salvar el pellejo.

—¡Un cuerno para los dos! —gritó Ogeanu—. ¿Por qué hemos de ser precisamente nosotros? ¿Es que no hay hombres que cobran buenos sueldos…?

—Recuerda —dijo reflexivamente Gus—, que todos nosotros tenemos suspendida sobre nuestra cabeza una condena de cadena perpetua en Plutón, cuando menos, alguno iba a ser ejecutado.

—Todavía no era seguro —farfulló Corsimac, siempre moviendo velozmente sus cartas—. Lo que sí es seguro es que, si los tipos del Gran Khan nos pescan, harán una corrida de toros con nosotros. Y nosotros no seremos los toreros precisamente.

—A mí me importa muy poco que el Gran Khan y la Federación estén peleados —renegó Fillis—. Estamos proscritos, sí, pero también hay algún medio de largarse de este atasco, conozco algunos amigos, que tienen; espacionave, con la cual dan buenos golpes a los cargueros siderales. Podíamos unirnos a ellos y…

—Eso —contestó Gus pausadamente—, puede hacerse en circunstancias ordinarias. Pero no ahora.

—¿Por qué? —le interrogó Ogeanu.

Gus le miró.

—Usted es piloto. Vaya a las astropantallas y véalo usted mismo.

Ogeanu le arrojó una curiosa mirada. Se levantó y salió, para volver a los cinco minutos, hecho una piltrafa.

—¡Santo Dios! —exclamó—. Hay ahí fuera más naves de las que se pueden contar en un año, sin dormir ni de día ni de noche.

—Ahí lo tienen ustedes. Cualquiera de esas naves que nos vea, disparará contra nosotros sin la menor contemplación.

—¡Pero nosotros no estamos desarmados! —objetó Fillis.

—¡Claro que no! Tenemos que defendernos de las naves del Gran Khan. Pero ¿cuánto tiempo podríamos durar? Destruiríamos

una nave, dos, acaso con mucha fortuna, media docena. ¿Y cuándo se acabasen los proyectiles?

Un denso silencio se extendió por la cámara. Ogeanu encendió un cigarrillo y se puso a pasear nerviosamente. A las dos chupadas lo arrojó, y lo pisoteó enérgicamente. Extendió su índice señalando hacia Gus.

—¿Y por qué ha de ser usted precisamente el capitán de la nave? Puedo serlo yo, o Filis, o Corsimac, que al fin y al cabo, era superior a usted en graduación. ¿Por qué se ha irrogado el mando?

—No he sido yo, sino el general Akrum quien me lo dio. De todos modos, ahora estamos lejos de él y no tengo inconveniente en someter el puesto a votación. Aquellos que me quieran como su jefe, que levanten la mano. Los demás…

Gus miró inquisitivamente a la tripulación. Al fin, Hanson soltó una gruesa imprecación.

—¿Y qué más da? —estalló furioso—. Que sea usted u otro el capitán, ¿qué importancia puede tener? Lo interesante es que alguien nos mande, y que lo haga lo suficientemente bien para sacarnos de éste lió con el pellejo intacto. Mi voto para usted, «Perro» —dijo dándole a Gus el habitual apodo que éste tenía entre la gente del hampa.

Siete brazos más se alzaron.

—Está bien —dijo Gus al cabo—. Queda entendido que ahora soy yo el jefe por votación popular y que no admitiré discusión en mis órdenes, siempre que éstas tengan la suficiente sensatez, ¿entendido? —Hizo una pausa y concluyó—: Ogeanu, váyase de guardia junto a los instrumentos. Usted, Fillis, como artillero jefe, revise el armamento. Los demás, pueden descansar hasta tanto yo lo diga.

Hubo un alivio general en la tensión. La conversación se generalizó y hasta se inició una partida de naipes, presidida por Corsimac, quien continuaba fumando incesante en su larga boquilla. Gus se quedó unos momentos indeciso y, de pronto vio que la doctora se aproximaba a uno de los ventanales, por donde se divisaba el impresionante espectáculo de las estrellas.

Admiró su elevada estatura y la fina esbeltez de sus líneas, perfectas, sin una sola tacha. Dado que allí no había gravedad más que para los objetos metálicos, con toda seguridad los cabellos de

Fay se hubieran quedado tiesos como finísimas varillas de oro, por cual la joven se los había recogido en un grueso moño sujeto a la nuca, quedando el resto del cabello estirado, lo cual aumentaba la singular hermosura de sus facciones.

La vio extraer un nuevo cigarrillo de uno de los bolsillos de sus pantalones y, deseando entablar conversación con ella, se le aproximó, con un fósforo encendido.

—Gracias —dijo ella, con la primera bocanada de humo.

—¿Le gusta?

—¿Me gusta, el qué, capitán?

—Eso —dijo Gus, señalando a las estrellas.

—Es muy bonito —repuso ella con laconismo.

—¿Nada más qué bonito, señorita Hill?

Fay se encogió de hombros.

—¿Qué más quiere que le diga? Yo no soy una poetisa; antes que yo, muchos hombres y mujeres se han encargado de decir con mejores palabras que las mías lo bello que es el cielo y demás zarandajas literarias. ¿Podría yo añadir algo mejor?

—Sí… su belleza, Fay —dijo Gus.

Ella se volvió, mirándolo un instante de arriba abajo.

—No diga tonterías, capitán, y menos de tanta vulgaridad. No estoy aquí para oír requiebros.

—¿Entonces… por qué la enviaron?

—Ya lo oyó: intenté investigar acerca de algo prohibido.

—¿De qué se trataba?

La joven hizo un gesto de impaciencia.

—Óigame, capitán; ya soporté demasiados interrogatorios para que ahora tenga que aguantarle a usted también. Me encerraron en esta nave, llena de proscritos, asesinos y ladrones, y estoy obligada a soportar su presencia, pero no sus tonterías, ¿me entiende?

Gus se sonrojó.

—Lo lamento infinito, no creí haberla ofendido, señorita.

—Está bien, dejémoslo correr. Oiga, ¿qué estrella es aquélla tan brillante que se ve allí?

—Canopus, un sol ochenta mil veces más grande que el nuestro.

—Es curioso —observó ella—; es la primera vez que veo las estrellas tal cual son, sin oscilaciones ni alternativas. Ahora parecen ojos que nos miraran y…

—¿Cómo? —Gus sorprendido—. ¿No había viajado usted nunca por el espacio?

Aunque pueda parecerle extraño en estos tiempos, así es, capitán. Éste es mi primer viaje por el espacio…, y puede que también el último.

Gus se quedó un momento desconcertado. Luego, frotándose la mandíbula, preguntó:

—¿Sería demasiada curiosidad por mi parte, tratar de averiguar cuál es su especialidad, doctora?

Fay sonrió levemente.

—No, yo…

Pero en aquel momento, el altoparlante interior ladró metálicamente.

—¡Capitán Kilroy! Una nave sin identificar se nos está aproximando.

Gus miró a la muchacha una vez más, y murmuró:

—Dispénseme; voy a ver qué ocurre.

CAPÍTULO III



n efecto, aquella espacionave no tenía en su costado ningún distintivo que sirviera para identificarla, ni tampoco las emisiones de radio que se le hicieron sirvieron para nada. Lo único que Gus pudo saber es que el capitán de dicha espacionave, quería hablarle personalmente.

—Bien —dijo al cabo, tras unos momentos de reflexión—. Que vallan los dos Omaniev a la esclusa de aire a recibirle.

—¿Y cómo? —inquirió Boris—. No llevo encima ni un palillo de dientes. Ese tipo puede ser peligroso y…

Gus le arrojó su pistola desintegrante que el otro pescó al vuelo. Mientras tanto, y por visión directa, observó la nave que se les iba aproximando lentamente.

No hubo el menor estremecimiento cuando los costados de ambos cohetes contactaron. Unos momentos después, Gus tenía ante sí a un hombre.

El joven examinó a su sabor al recién llegado. Alto casi como él,

pero con el doble de envergadura, con un torso que parecía un barril, y un parche negro sujeto con una cinta del mismo color y que le ocultaba la vacía cuenca de un ojo, aquel individuo tenía todo el aíre de un pirata del siglo XVIII.

El tuerto respingó al verse frente a Gus.

—¡Pero… cómo! Si es mi viejo enemigo «Bronco» Kilroy. Capitán, ¡qué sorpresa tan extraordinaria!

—Lo mismo digo yo, McGinnis. ¿Qué hace usted por aquí?

El tuerto guiñó el único ojo que le quedaba con satisfecha expresión.

—Llámeme capitán, Kilroy. Ahora lo soy de ese trasto, ¿sabe? —Y señaló a sus espaldas con el pulgar—: ¿Qué diablos hace usted por estos andurriales? A juzgar por el aspecto exterior de su nave y por la tripulación, ya no está en la policía, ¿eh?

—No, en efecto.

—¿Lo dejó?

—Me lo hicieron dejar, McGinnis.

—¡Rayos y centellas! ¿Qué hicieron esos estúpidos que se dejaron escapar al mejor capitán de la policía sideral que jamás haya existido? ¿Qué es lo que come esa gente, huevos y tocino o alfalfa?

Sonó una risita. El tuerto se volvió, mirando a albano, y le acompañó en su hilaridad, con una estentórea carcajada que estremeció su inmenso corpachón. Luego volvió a hacerle un alegre guiño a Gus.

—Y bien, Kilroy, ¿qué me contesta?

—Estoy por aquí… de turismo —contestó cautamente el joven.

McGinnis hizo una mueca.

—A otro perro con ese hueso, capitán. Si usted no está ya en la policía es porque algo le ha ocurrido. De lo contrario, ya me habría mandado detener. ¡Maldición! Nunca pude suponerle a usted dentro de los límites del Gran Khanato. ¿Qué demonios le ocurrió?

—Estamos proscritos —contestó Gus—, y tuvimos la suerte de apoderarnos de esta nave y huir antes de que nos atraparan. Eso es todo.

—¡Hum…! Eso que me dice es muy fuerte, capitán. ¿Y no puede volver a la Tierra?

—No; ni ninguno de mis compañeros tampoco. Nos ejecutarían

sin trámite alguno.

—Unos «fuera de la ley», ¿eh? —rezongó McGinnis—. Igual igualito que yo… sólo que yo me defiendo y vivo, capitán.

—¿De qué manera, McGinnis?

Éste volvió a reír, oprimiéndose el ancho vientre con ambas manos. Luego dijo:

—Quiere saberlo, ¿eh? Curioso como buen policía, aunque ya no lo sea. Bien, yo para los amigos, porque usted ya lo es mío, capitán, no tengo secretos. Kilroy. Trabajo para el Gran Khan.

Gus hizo una mueca.

—¿De qué forma?

De nuevo el pulgar del tuerto señaló a sus espaldas.

—Con ese artefacto, capitán. Me dedico, lisa y llanamente, al pirateo.

Un relámpago iluminó al momento la mente de Gus. El Gran Khan utilizaba naves piratas que hicieran por él el trabajo que no se atrevía a realizar directamente. Pagaría espléndidamente, sin duda alguna, pero caso de ser atrapado alguno de los piratas, el hecho no le comprometería en absoluto.

—De modo que tiene una especie de patente de corso, ¿eh, McGinnis?

—Digámoslo de esa piadosa manera. «Bronco» —río el aludido.

—¿Y qué beneficios extrae de ello?

—Oro, capitán, oro. ¡Rayos!, ¿por qué ha habido piratas y corsarios en todas las épocas, si no es por el oro? Yo me apodero de la carga de las naves, la llevo a Cereida y allí se me paga en buena moneda de curso legal entre los planetas. Una buena profesión. ¿Eh?

—Sin duda alguna, McGinnis; pero no le veo el provecho —objetó Gus.

—¿Por qué? —renegó el pirata.

—¿En dónde se gasta el dinero? Porque, si no hay donde gustarlo, ¿de qué condenación sirve el ganarlo?

—No sea estúpido, capitán. Ya sé que no puedo ir a ninguna ciudad de la federación, pero en Cereida tengo todo lo que quiero, de modo que, ¿para qué pedir más?

—Mirándolo bajo ese punto de vista, no está nada mal, McGinnis.

—Ya lo creo Escuche, capitán, voy a hacerle una propuesta. ¿Por qué no se une a nosotros?

—¿Quién, yo?

—¿Quién va a ser, si no? —Pateó impaciente McGinnis—. Una tripulación como la de este cacharro, con un capitán como usted, es capaz de emprender las empresas más arriesgadas por imposible que ello pueda parecer, únase a nosotros, capitán, y no le pesará.

Gus empezó a reflexionar la propuesta. De pronto, una voz sonó inesperadamente.

—El capitán McGinnis tiene razón. ¿Qué demonios debemos nosotros a la Federación?

Gus se volvió hacia Ogeanu. Hanson masculló unas palabras aprobatorias.

—Todavía no lo he decidido —vaciló.

—¡No importa! ¡Lo queremos nosotros! —chilló Corsimac.

Gus se plantó súbitamente en el centro de la cámara.

—¿Qué es esto, un motín? Están olvidando que yo soy el capitán y que…

—Quedamos en que las cuestiones importantes —se adelantó Albano—, se someterían a votación, capitán. Si nos dedicamos a la piratería, usted seguirá siendo nuestro capitán, pero antes hemos de decidirlo por mayoría. Yo voto en favor de la unión con McGinnis. ¿Quién más? —dijo levantando la mano.

Seis manos se alzaron casi simultáneamente. McGinnis sonrió satisfecho, dilatando sus redondas mejillas.

—Falta todavía un miembro de la tripulación —observó Gus, pensativo, y en aquel momento apareció Fay.

McGinnis lanzó un espeso silbido.

—¡Oiga, Kilroy! ¿De qué blanca nube sacó este ángel?

Fay miró al pirata con indiferencia, y se aproximó a Ogeanu para que éste le diera lumbre. Expulsó el humo lentamente, mirando a Kilroy y a McGinnis alternativamente.

—Yo haré —dijo la joven—, lo que la mayoría decida.

Gus soltó una maldición.

—¡Fay! —gritó—. Usted no puede…

—¿Qué es lo que no puedo? —Le miró ella desdeñosamente—. ¿Acaso se figura que por ser mujer, joven, y según ustedes, no mal parecida, he de tener buenos sentimientos a la fuerza?

McGinnis soltó un «¡bravo!» estentóreo. Los demás aplaudieron en bloque.

Gus miró en torno suyo. Se pasó la lengua por los labios. Al fin, dijo:

—Lo siento, pero yo no puedo…

—¡Maldición! —aulló McGinnis—. Capitán, recapacite sobre mi proposición.

—Lo tengo ya. Todo pensado, McGinnis. No, a la guerra de corso.

Un vivísimo centelleo apareció entonces en el único ojo del corsario.

—Lo lamento por usted, capitán. Pero no me va a quedar otro remedio que… Es usted un hombre harto peligroso para… —Y súbitamente desenfundó su pistola.

Fay lanzó un agudo grito.

—Compréndalo, capitán —dijo cruelmente McGinnis—. No podemos llevar con nosotros un tipo que no está plenamente de acuerdo con lo que pretendemos hacer. ¿Están ustedes de acuerdo, muchachos?

Un crudo silencio fue la respuesta que McGinnis interpretó como favorablemente afirmativa. Sonrió terriblemente, en tanto levantaba su pistola.

—Es una lástima, capitán Kilroy, que venga usted a terminar sus días tan oscuramente, en lugar de morir con plena gloria y con derecho a que su nombre figure en la placa de honor de… ¡Ugh!

Al mismo tiempo casi que McGinnis lanzaba su aullido, se oyó un seco chasquido, seguido de una vibración llena de siniestras musicalidades. McGinnis volvió a gruñir y, de pronto, se tambaleó.

El gesto de Gus, adelantando su brazo derecho, como si fuera a tomar la mano de su enemigo, fue tan rápido, que apenas pudo ser notado por ninguno de los presentes. McGinnis palideció horriblemente, y de pronto se le doblaron las rodillas.

Fay lanzó un agudísimo grito al ver el metálico vástago que sobresalía del pecho del pirata, a la altura de su pecho. Gus, sin otra ceremonia, saltó hacia adelante, haciéndose con el arma del pirata, en cuyo rostro se notaba un absoluto estupor. McGinnis quedó sostenido, con las piernas encogidas, los ojos vidriados, muerto, sin enterarse apenas de las causas que lo habían originado, Gus movió

la pistola en abanico.

—¡Quietos todos! —gritó—. Al primero que se mueva, lo desintegro. Ya habéis visto lo que le sucedió al capitán McGinnis, de modo que…

Boris Omaniev lanzó una maldición. Aun tenía en sus manos la pistola que Gus le entregara cuando fue a recibir al pirata. Alzó el cañón, pero instantáneamente lanzó un aullido de dolor, al mismo tiempo que en la cámara volvía a oírse aquel curioso chasquido. Otra varilla metálica atravesó el hombro del ruso, y éste aflojó los dedos. Su pistola volvió de nuevo al primitivo propietario.

Gus se metió en la pretina del pantalón la pistola de McGinnis. Luego, con espantosa sangre fría, sacó del pecho del muerto la varita metálica que lo había matado y la limpió en sus propias ropas, Avanzó hacía Boris e hizo lo propio. Se echó hacia atrás, contemplando satisfecho a los asombrados miembros de su dotación.

—Omaniev —dijo—, la doctora cuidará de ese hombre. No le he hecho mucho daño; solamente quise dejar bien sentado quién es el que manda aquí. Lanzando una serie da espantosos reniegos, Boris se dejó llevar por Fay. Entonces, y cuidando de que los demás lo vieran, Gus se subió las mangas, dejando ver sendos tubitos de metal, atados por unas correas a los antebrazos. Eran unos simples cañones de muelle, pequeños, pero muy potentes.

—¡Fiuuu…! —Silbó admirado Lester Fillis, el pistolero—. Capitán, es usted un tipo más peligroso que una serpiente de cascabel. ¿A quién se le ocurrió esa idea?

—A mí —contestó secamente el interpelado, muy ocupado en devolver las metálicas flechitas a sus alvéolos.

Entonces. Albano hizo una pregunta:

—¿Qué diablos piensa usted que hagamos con ese hombre? —exclamó, señalando al cadáver de McGinnis, que todavía se mantenía en pie.

—Lo arrojaremos luego al espacio por el expulsor de desperdicios. Ahora… tengo trabajo, para Fillis.

—¿Qué he de hacer? —inquirió el pistolero.

—Destruir esa nave con un torpedo —repuso fríamente Gus.

—Pe… pero eso es imposible —exclamó Fillis. La tenemos abarloada a nuestro costado y…

—Ya nos despegaremos de ella —replicó Gus con toda tranquilidad—. Corsimac —llamó.

—Diga, capitán —murmuró el gordo, sin ningún entusiasmo.

—Llévese a «Tonelada» Hanson con usted. Vea de que argucia es capaz su cerebro para traerse al segundo de McGinnis aquí.

Los dos aludidos se miraron aprensivamente. Luego, encogiéndose de hombros, se dirigieron hacia la esclusa de aíre, por la que desaparecieron.

Hubo un silencio preñado de siniestra tensión, Fillis preguntó al cabo de unos momentos:

—¿Y el cadáver, capitán?

—Déjelo donde está —fue la lacónica respuesta. Cinco minutos más transcurrieron, al cabo de los cuales Corsimac y Hanson aparecieron detrás de un hombre alto, delgado, pero de atravesada mirada, muy cetrino de rostro.

—El señor Sousa Tavares —anunció Corsimac.

Gus le miró fríamente.

—Soy el capitán Kilroy —dijo—. Bienvenido a mi nave señor Sousa.

—¿Por qué me han llamado? ¿Es que el capitán McGinnis no es hombre capaz de arreglárselas per el solo?

—Pregúnteselo a él. Sousa, Ahí lo tiene.

El portugués arrojó una atravesada mirada a Gus; luego avanzó hacia el cadáver de McGinnis, que todavía se mantenía en pie.

Solamente fue al colocarse frente al muerto, cuando adivinó lo que le había sucedido.

—¡Maldición! ¿Qué le ocurrió al capitán McGinnis?

—Lo mismo que le ocurrirá a usted, Sousa, si no quiere unirse a nosotros.

—¿Y qué necesidad tenemos de unirnos a ustedes? —murmuró Sousa—. Nuestra nave nos es más que suficiente para…

—No me gusta la competencia. Sousa. De todas formas, puede tomar ejemplo del capitán McGinnis y obrar en consecuencia.

El portugués vaciló.

—Tendría que consultarlo con mis hombres —dijo.

—¿Cuántos tiene usted? —preguntó Gus.

—Diez —fue la seca respuesta.

—Dos naves no pueden andar por este lugar del cielo, dedicadas

a la piratería. Sousa. Es un mal negocio, de modo que hay que buscar la ganancia segura, y eso sólo se puede hacer con una nave, ¿estamos?

Sousa no era tonto y se dio cuenta de que estaba en poder de Gus, sin que le cupiera la menor reacción. Pero insistió en su demanda de consultarlo con sus compañeros. Gus fingió reflexionar.

—Bueno, accedió al fin —dígales que vengan.

—No creo que les guste salir de su nave, especialmente cuando les cuente lo que le ha pasado al capitán McGinnis. Le eran muy fieles, ¿sabe?

—Una virtud completamente inédita en un pirata, señor Sousa. ¿Y si fuera yo? ¿Le complacería más así la cosa?

En el moreno rostro del portugués apareció una torva sonrisa.

—Muy bien, capitán —dijo—. Acompáñeme.

Pero Gus movió la cabeza.

—Lo haré solamente dentro de un minuto —y miró significativamente su reloj—, cuando tenga la seguridad de que, para no aislarme usted de mi nave, ha reunido a todos sus hombres en el mismo sitio. Dijo que tiene diez, ¿no es así?

Sousa asintió. Tras unas breves palabras y de haber entregado sus armas como garantía, salió.

Gus dio entonces una orden.

—Ogeanu, usted se hará cargo del mando de la nave hasta mi regreso. Tome la pistola del capitán McGinnis. Usted, Fillis, arroje el cadáver por el expulsor. Ya no nos es necesario.

Transcurrido el minuto, Gus se encaminó hacia la esclusa de aire. Entonces sus compañeros se miraron, como consultándose con la vista.

Corsimac carraspeó.

—Creo… ¡ejem…!, que jamás volverá a presentársenos otra ocasión como la presente y que…

Pero Hansen meneó la cabeza.

—Es duro confesarlo, pero ¿qué íbamos a hacer nosotros sin él?

—¡Al diablo con el capitán Kilroy! —estalló Nikita Omaniev, furioso por la herida que había sufrido su hombro—. ¡Que se quede o lo cuelguen, me importa un pepino; pero lo que es a mi…!

Ogeanu avanzó de pronto un paso, pistola en mano.

—Silencio, ruso —exclamó—. Tampoco como a ti me gusta

«Bronco» Kilroy, pero si algún hombre hay capaz de sacarnos de este lío, es él. Y como comprenderás, yo no voy a dejar escapar así como así la mejor ocasión que se me ha presentado en la vida de salvar el pellejo, ¿comprendes?

Omaniev refunfuñó, y durante unos minutos la discusión, sin resultados prácticos, continuó, hasta que, de pronto, Kilroy apareció, seguido de una fila de hombres de siniestro aspecto. Eran nueve.

Fillis frunció el ceño.

—Según las cuentas del senior Sousa, capitán, tenía que haber once hombres más en la dotación de la otra nave. ¿Dónde están los que faltan?

Gus suspiró melancólicamente.

—Tuve que curarles sus aprensiones por unirse a nosotros —repuso.

Todo el personal de la «Anfitrite» comprendió, sin necesidad de más palabras, que Kilroy había utilizado nuevamente, y con éxito, sus mortíferas flechitas de acero. En efecto, los recién llegados parecían un grupo de gallinas recién mojadas, y sus ojos miraban a todas partes, llenos de temor y pesimismo.

—Ogeanu, usted, como segundo de a bordo, se encargará de acomodarlos. Los demás, yo incluso, nos encargaremos de trasladar la carga de la otra nave a la «Anfitrite». Luego ya daré las órdenes para fijar la nueva órbita.

CAPÍTULO IV



os timbres de la nave chirriaron estrepitosamente una vez más, y el corrector automático de rumbo, la desvió una millonésima de grado de la órbita seguida. La desviación era infinitesimal, pero suficiente, empero, para aparrarse de la veloz trayectoria del meteorito que acababa de ser detectado por el deflector. Y apenas hubo pasado el meteorito por el costado de la «Anfitrite», ésta recuperó de nuevo su trayectoria, mediante otra también automática corrección del rumbo, continuando su camino a enorme velocidad.

De pie, junto al puesto del piloto, Gus contemplaba por la lucerna el esplendor del cielo, brillante y luminoso como nunca, con los brazos cruzados sobre el pecho, en tanto que aspiraba parcamente el humo de un cigarrillo que pendía de sus labios. Sintió pasos a su lado y se volvió.

—Ah, hola —dijo, quitándose el cigarrillo de la boca, y recreándose íntimamente en la contemplación de la belleza de Fay

—. ¿Cómo se encuentra?

Los espléndidos ojos de la muchacha se endurecieron.

—Acaso no tan bien como usted, capitán —repuso fríamente.

Gus enarcó una ceja.

—No la entiendo —murmuró.

—He estado buscando la ocasión de decírselo, capitán, y basta ahora que no le he encontrado a solas no he podido conseguirlo.

—¿Tan importante es?

—Para mí sí, capitán.

—Bien, veamos de qué se trata.

Gus dio una última chupada al cigarrillo y luego lo arrojó, pisoteándolo. Los timbres chirriaron una vez más y en la nave se sintió perfectamente un ligero desplazamiento.

—Estamos en una zona plagada de meteoritos, Fay —comentó con indiferencia.

—Y de hombres sin alma ni conciencia —replicó ella, ásperamente.

—¿A quién se refiere usted Fay?

—A la «Anfitrite» y a cuantos en ella viajan —respondió la doctora, pon voz áspera sin ningún remilgo.

Gus se encogió de hombros.

—Cuando, como castigo, la arrojaron aquí, ya podía esperar usted algo por el estilo. ¿O me va a decir que ahora tengo yo la culpa?

Fay se mordió los labios; luego dijo:

—No… hasta cierto punto; pero me defraudó usted por completo, capitán.

—¿Por qué?

Fay lo miró fijamente a los ojos antes de dar su respuesta.

—Jamás le supuse un hombre sediento de sangre, capitán. Pase que, en un momento de ofuscación, acaso justificado, golpease usted a un superior y hasta se amotinase, desposeyéndole del mando, pero matar a tres hombres…

Y herir a un cuarto, Fay, no lo eche usted en saco roto.

—Oh, es usted…

—¿Un hombre sin conciencia? —Rió Gus—. Vamos, dígalo de una vez, Fay, no tema.

—Pues bien, si —exclamo ella, repentinamente envalentonada

—. Usted, capitán, ignora lo que es humanidad y…

De pronto los timbres resonaron con más estrépito que nunca. Gus abandonó el diálogo y se aproximó a los mandos.

—¡Caramba! —exclamó treinta segundos más tarde—. Nos hallamos en la órbita de Eros, Fay.

—No le estoy hablando ahora de ese asteroide, sino de…

—Pero yo si —contestó Gus reflexivamente, sentándole ante el puesto de pilotaje. Extendió una mano y dijo—: Acompáñeme por favor, y deje la reprimenda para otro rato, Fay. Quiero enseñarle una cosa muy curiosa.

—¿A qué se refiere usted?

—A Eros, Fay. ¿No ha visto nunca un pedrusco de veinte kilómetros de diámetro? Siempre es algo bonito de ver e instructivo al mismo tiempo. Es un magnífico ejemplo de la poderosa acción de las disgregadoras fuerzas de atracción entre los diferentes planetas del sistema solar y…

Durante unos momentos, Gus, con gran desesperación de la joven, se enzarzó en una aburrida disertación cinética. A lo lejos se veía un brillante punto de luz, aparentemente inmóvil, en el espacio, pero que en modo alguno podía confundirse con una de las infinitas estrellas que constelaban aquella región del cielo. Poco a poco, el punto fue haciéndose más grande.

—Lo vamos alcanzando, Fay —sonrió Gus, y dentro de poco pasaremos por su costado. Es una buena velocidad la de la «Anfitrite», ¿eh? Más de veinticinco kilómetros por segundo y…

Gus se interrumpió de pronto. Una lamparita acababa de encenderse en aquel momento, y oscilaba con gran violencia.

Fay vio la alarma que se pintaba en el rostro del capitán, y no pudo evitar una pregunta, omitiendo el tratamiento instintivamente.

—¿Qué es lo que ocurre, Gus?

—Alguien nos está llamando por la radio. Veamos de quién se trata.

Gus dio media vuelta a un conmutador, e instantáneamente una bronca voz resonó en el altoparlante.

—¡Atención, atención! ¡Aquí astronave «Hércules», de la Cuarta Patrulla Espacial del Gran Khanato! ¡Comandante de la «Anfitrite»! ¿Me oye usted?

Gus respingó.

—¿Quién demonios habrá podido irse de la lengua? —masculló entre dientes—, y luego alzo la voz, aproximándose al micrófono. —Perfectamente, «Hércules». Le oigo muy bien. ¿Qué es lo que quiere? ¡Hábleme!

—Fije su órbita y no la abandone por nada, si no quiere ser destruido, «Anfitrite». Vamos a proceder a un reconocimiento de su nave y…

En tanto que el comandante de la otra nave continuaba hablando, la mano Gus fue hacia una palanca, que movió suavemente.

—¿Qué está haciendo, Gus? —inquirió en voz baja la muchacha. Pero evidentemente alarmada.

—No tengo el menor deseo de meterme a un registro —repuso el joven—. Demasiado sé en qué acaban esa clase de reconocimientos, y no me gustan.

—¿Entonces?

—Nos esconderemos en Eros hasta que pase el chaparrón.

Fay abrió mucho los ojos, completamente aturdida.

—¿Escondernos en Eros? ¿En un asteroide, en una piedra de no más de veinte Kilómetros de diámetro? Gus, dígame, ¿perdió el Juicio?

—Por el contrario —repuso él—; en mi vida he estado más cuerdo —y moviendo la palanca envió ingentes cantidades de energía a los motores, con lo cual aumentó la velocidad de marcha.

—¡«Anfitrite»! —chilló el comandante de la patrullera—. ¿Qué está haciendo? Deténgase o…

Pero Gus no le contestó. En su lugar, tomó el micrófono interior y llamó.

—Atención todo el mundo. Dispónganse a rechazar un ataque de una nave patrullera de Ceres. Que cada uno ocupe su puesto. Hanson y Albano, preparen los trajes de vacío, por si tenemos necesidad de utilizarlos.

Cortó la comunicación y su vista se fijó en el asteroide, cuyo tamaño aumentaba rápidamente. Ahora ya no parecía una chispa de luz, sino un pedrusco, parcialmente iluminado por una de sus irregulares caras.

La intimación volvió a repetirse.

—¡«Anfitrite», si no se detiene usted antes de un minuto, le soltaremos un torpedo! Es la última intimación que le hacemos.

Gus no contestó. Volvió a dar otra orden.

—Que todo el mundo se sujete; vamos a decelerar —y luego se volvió hacia la joven—. Esto va también con usted. ¡Y dese prisa, por todos los demonios!

Todavía estaba Fay asegurándose con las correas al asiento, cuando de pronto sintió el duro empujón que le proporcionaba la inesperada desaceleración. Eros aumentaba cada vez más de tamaño y se iba acercando rápidamente.

—Tengo que equilibrar las dos velocidades —dijo Gus, moviendo frenéticamente una serie de palancas. La nave trepidó, sin que se percibiera el menor sonido.

A medida que el asteroide se les iba acercando, Fay contemplaba aquella colosal roca perdida en el espacio, distante en aquel momento unos doscientos millones de quilómetros de distancia del Sol, y le pareció la increíble obra de algún colosal escultor surrealista.

—Siendo tan pequeño Eros, la atracción es prácticamente nula, y por eso conserva casi la forma original en que quedó después de la explosión del planeta de que procede. Un planetoide mayor tiene suficiente gravedad para, con el tiempo, ir redoblando sus aristas y salientes y adquirir, en un plazo de tiempo mayor o menor, la forma esférica común a todo cuerpo celeste; pero en el caso de Eros no creo siquiera que eso llegue a realizarse. Tenga en cuenta, Fay —concluyó su explicación Gus—, que su gravedad es apenas una milésima de la de la Tierra.

—Entonces, Un hombre en su superficie tiene que andarse con mucho tiento, Gus. El más pequeño salto podría proyectarlo ni espacio.

—Así es y así ha ocurrido en más de una… ¡Cuidado!

Una cárdena raya de luz cruzó el espacio, encaminándose velocísimamente hacia la «Anfitrite». Pero a una distancia de unos cinco o seis kilómetros se deshizo en un tan fulgurante como silencioso relámpago. Fay suspiró aliviada.

—¡Dios mío! —exclamó—. Creía que ese torpedo nos iba a alcanzar.

—Afortunadamente se desintegró contra el deflector de

meteoritos —repuso Gus, pero su rostro estaba tenso, ceñudo—. No obstante, no podemos aguantar mucho más; estamos derrochando demasiada energía en la protección y…

La bronca voz de Fillis se oyó a través del megáfono.

—Capitán, ¿le largo una andanada a ese presumido?

—No, Fillis, déjelo; creo que tengo algo mejor para él.

Eros se les echó encima con grandísima rapidez, a pesar de la continua deceleración del joven. Gus situó en la pantalla la nave patrullera, y se dispuso a iniciar un viraje.

—Vámonos al Polo Sur —sonrió.

Y la «Anfitrite» inició una órbita circular en torno al planetoide.

Ayudados par el visor telescópico, escrutaron la atormentada superficie de Eros, donde una colosal convulsión geológica había dejado sus señales indelebles. Altísimos farallones de obscuras rocas, profundas grietas de hondura insondable, todo indicaba un atroz cataclismo que debió suceder en los albores del tiempo. Gus acercó más y más la «Anfitrite», al mismo tiempo que el deflector rechazaba los torpedos que le eran dirigidos cuando eran vistos por el «Hércules».

De pronto lanzó un grito de alegría.

—¡Ah, ahí está! —Y su dedo señaló un punto en la irregular superficie del asteroide.

Estaban ya a menos de un kilómetro de distancia. Fay pudo ver una especie de cueva o gruta, de enormes dimensiones, capaz de albergar con comodidad media docena de naves como la «Anfitrite». El corazón se le encogió cuando vio lanzar a Gus la nave con resuelta actitud hacia aquel refugio.

—Gus —dijo—, ¿y si nos localizan?

El joven se encogió de hombros.

—Es un riesgo que hay que correr, muchacha —dijo, atento a les controles.

Con infinita suavidad, ayudado por sus chorros laterales, la nave fue perdiendo altura.

Con una arriesgada maniobra que puso el corazón en un hilo a todos cuantos la presenciaron, la «Anfitrite» se coló en la enorme caverna, apoyando luego su ahusada masa en el suelo. Gus paró los motores, y la vibración cesó al instante.

El joven movió luego unas palancas, y al instante, una cuadrada

pantalla se iluminó ante ellos. Era la de la visión posterior.

—Mírelos —sonrió Gus satisfecho—. Vea qué desconcertados se quedaron.

Fay pudo apreciar un puntito luminoso que se movía en el espacio, con desconcertantes trayectorias, ninguna de las cuales guardaba una regularidad precisa en una nave interplanetaria. Era evidente que la habilísima maniobra del joven los había desconcertado por completo.

De pronto, una sorda vibración conmovió la nave. Fay tomó el brazo de Gus, muy asustada.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El «Hércules» ha soltado una bomba al azar.

—¿Y si… y si aciertan con la entrada de la cueva?

Gus se encogió de hombros.

Puede figurárselo —repuso. Y tras una corta pausa, añadió—: Pero vamos a tratar de evitarlo.

—¿Y cómo?

Gus se desató las correas.

—No tardará mucho en verlo.

Se inclinó hacia adelante y tomó el micrófono interior, dando una somera explicación de lo que ocurría. Terminó citando a todos en la cámara.

Fay y el joven se encaminaron hacia allí No tardaron mucho en estar reunidos todos los miembros de la dotación del «Anfitrite».

—Esa nave de Ceres —comentó diciendo el joven—, está decidida a destruirnos, pero yo tengo el medio de hacerle abandonar la partida. Solamente necesito conmigo a Fillis y a otro voluntario, para lo que pienso hacer.

—¿De qué se trata, capitán? —inquirió Sousa con negligencia.

—De enviarles un torpedo que los inutilice cuando menos y nos permita salir de aquí sin daño alguno.

—¿Cómo piensa hacerlo, capitán? —preguntó Hanson.

—Eso es cuenta mía. Fillis, ¿está usted dispuesto?

El artillero y pistolero se encogió de hombros.

—Bueno —dijo lacónicamente, y Gus miró en torno suyo.

—¿Quién es el otro voluntario? —quiso saber.

Nadie le contestó. Gus fue escrutando uno tras otro los rostros de aquellos hombres, obteniendo el más absoluto silencio como

única respuesta. Inesperadamente, se oyó una voz.

—¡Yo iré con usted, capitán!

Gus se volvió al momento. Fay había dado un paso hacia adelante.

—¿Usted? —exclamó.

—Sí, ¿por qué no yo? ¿Tan difícil es lo que hay que hacer?

El joven sonrió.

—No, por supuesto. Está bien, véngase conmigo y con Fillis. Ogeanu, ¿querrá usted seguir en el mando de la nave?

El rumano contestó algo ininteligible. Gus asintió y, seguido de la muchacha y de Fillis, se encaminó a la cámara de torpedos.

—Vamos a sacar uno de estos artefactos ahí afuera —dijo.

—¿Cómo piensa moverles, capitán? —preguntó Fay asombradísima.

—Pues, a brazo, naturalmente. ¿No recuerda aquí la casi total ausencia de gravedad? Bien, vamos primero a vestirnos y enseguida saldremos fuera. Nos reuniremos aquí dentro de diez minutos, exactamente. Ni uno menos; no podemos perder el tiempo.

Al cabo del tiempo prefijado, los tres estaban nuevamente allí. Cerraron herméticamente la puerta de acceso a la cámara, y apenas lo habían hecho, Gus abrió la escotilla de carga. El aire se escapó con un penetrante silbido.

El torpedo resulto más fácil de manejar de lo que había parecido. Primero salió fuera Fillis, y detrás Gus. Éste dijo:

—Fay, tome esa caja que traje, y tenga cuidado —con ella; es muy importante.

En la Tierra no hubieran podido mover un solo milímetro aquel colosal artefacto, de un metro cuando menos de grueso, pero allí, y una vez vencida la inercia inicial lo manejaban como si hubiera sido una pluma. Se encaminaron hacia la salida de la gruta, en donde los rayos del sol, aun inertes a doscientos millones de quilómetros de distancia, iluminaban claramente la escena.

—Tenemos que prepararle una base para el despegue —dijo Gus, y después de unos minutos de búsqueda halló lo que le interesaba: una especie de grieta sobre la cual colocaron las aletas del torpedo, poniendo a éste en posición vertical.

De pronto sonó un grito.

—¡Cuidado! —Y los dos se volvieron hacia Fay. La mano de ésta

señalaba un punto brillante en el espacio. El «Hércules» volvía de nuevo, cosa que quedó demostrado con un disparo que hizo estremecer el asteroide. Una enorme piedra, de gran tamaño, saltó inesperadamente, pero, en lugar de caer, se elevó lentamente en el espacio. Gus soltó una maldición.

—¡Deprisa, Fillis, deprisa! —le apremió.

Y los dos hombres se apresuraron a poner en pie el enorme torpedo, de unos cinco metros de longitud extremadamente afilado en su punta.

Al fin, y tras algunos tanteos, el artefacto quedó listo para ser disparado. Gus corrió entonces hacía la cajita que Fay había llevado, y manipuló en ella.

Un repentino chorro de rojos gases apareció súbitamente en la base del cohete. Éste se mantuvo oscilante unos segundos, y de pronto, en absoluto silencio, debido a la carencia de atmósfera, pero con una terrible velocidad, se elevó en el aire.

Fay, Gus y Fillis contemplaron anhelosamente la marcha del mortífero aparato en el espacio. Pero súbitamente una cegadora llamarada les hizo cerrar los ojos.

Gas lanzó una maldición.

—¡Falló! ¡Se dieron cuenta del engaño!

Antes de que pudiera continuar haciéndose reproches a sí mismo, un agudísimo grito de Fay le hizo olvidar todo.

En los primeros momentos, Gus temió que a la joven le hubiera ocurrido algo. Pero muy pronto supo que lo que le estaba pasando a Fay, le sucedía tanto a él como a Fillis.

Lentamente, movida por los chorros de freno: que en aquel caso ejercían una atracción sobre la nave, suspendida por los chorros laterales la «Anfitrite» salía de la cueva, moviéndose hacia atrás; con intenciones fáciles de adivinar.

En vano fue que Gus se desgañitara llamando por la radio, todas sus apelaciones resultaron inútiles y cuando la «Anfitrite» tuvo espacio suficiente cambió el sentido de los chorros y aceleró, desapareciendo en el espacio en contados segundos, tras un ígneo rastro de gases deflagrados.

Aun pasaron unos minutos antes de que aquellas tres personas se percataran de toda la inmensidad del desastre. Y desastre era ciertamente el haberse quedado aislados, perdidos en aquel

asteroide, sin atmósfera, sin agua, sin, en fin, otro medio de subsistencia que el escaso aire contenido en las botellas de sus trajes de vacío.

CAPÍTULO V



ngus Kilroyl se sentó sobre una roca, desalentado por completo.

—¡Nada! —dijo—. Ni el menor signo de vida en Eros. No hay ni una…

—¿Qué esperaba encontrar, capitán? —preguntó Fillis irónicamente—. ¿Acaso una ciudad con todos los adelantos de la civilización?

—Pensé que acaso, como en otros asteroides similares, podía haber alguna estación de radiocontrol de órbitas. Aunque la mayoría de las veces están desiertas. Siempre tienen una provisión de aire, agua y víveres para caso de emergencia. Pero aquí no hay nada de esto.

—Lo cual era sabido ya desde un principio, si no hubiera sido por su maldita estupidez de combatir al «Hércules»…

—El capitán tenía que hacerlo —dijo Fay vivamente—. No podíamos quedar mano sobre mano, expuestos a que el «Hércules»

nos localizara en cualquier momento, y si no alguna de sus naves auxiliares, más pequeñas y maniobreras, capaces de pasar por donde una como ella no tiene cabida.

Podía haber consentido en el registro —refunfuñó Fillis—. Con eso no se comprometía a nada.

—Lo menos que habría sucedido es que nos hubieran hecho prisioneros —replicó Gus—, con todo lo cual nuestros planes se hubieran ido al diablo. No, ha sido preferible…

—Preferible, ¿el qué capitán? ¿Quedarnos aquí, dispuestos a morir por asfixia dentro de… —Fillis consultó el manómetro de la presión de aire y continuó dentro de una hora o acaso menos? ¿Tan difícil es cambiar una muerte probable por otra segura?

Fay se puso en pie vivamente.

—Es usted injusto haciendo esa clase de reproches al capitán, Fillis. Él no podía suponerse que los tripulantes de la «Anfitrite» le traicionarían.

—Por lo menos que me hubiera dejado a mí allá dentro. Así hubiera tenido más probabilidades de vivir.

—Fillis —contestó serenamente Gus—, es tontería que continúe usted acusándome de hechos en los cuales sólo tengo una indirecta participación. Además, al hablar gasta demasiado aire y eso no le conviene, ¿sabe?

El pistolero se encogió de hombros.

—¿Y eso, qué importa? Unos minutos más, unos minutos menos, ¿qué importancia pueden tener? Cuando vea que todo está a punto de acabarse me quitaré el casco; no tengo ganas de moverme y patalear como un pez fuera del agua. En unos segundos estaré listo y sin padecer tanto.

Fay miró horrorizada al pistolero. Tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando ya iba a contestarle Gus lanzó una inesperada exclamación.

—¡Allí, allí! ¡Miren!

Fay y Fillis volvieron el rostro hacia el lugar que les indicaba el capitán. Un trazo rojo se veía en el cielo aumentando de tamaño con gran rapidez.

Durante unos momentos permanecieron en aquel sitio, contemplando la trayectoria de aquella nave, hasta que se convencieron de modo indubitable que se encaminaba hacia el

asteroide. Gus cortó la comunicación radial y por señas hizo que los otros le imitaran.

Entonces contactaron sus cascos respectivos, y hablaron directamente. Las voces aparecían curiosamente deformadas, pero perfectamente inteligibles, sin el peligro, además, de que fueran captadas sus palabras.

—Debemos escondernos —dijo Gus—, hasta cerciorarnos de sus intenciones. No sabemos quiénes son ni a qué vienen aquí.

—¿Qué piensa hacer, capitán? —preguntó Fay.

—Ver sí podemos apoderarnos de la nave y largarnos de aquí.

—¿Adonde?

Gus hizo un gesto de impaciencia.

—¿Y eso, qué importa ahora? Lo principal es sorprenderlos…

—Pueden ser muchos —observó cautamente Fillis.

—Ya lo veremos cuando tomen tierra. Vamos, a escondernos.

Obrando de modo simultáneo, los tres se agazaparon muy cerca de donde había tomado tierra la «Anfitrite», detrás de unas altas rocas que les ocultaban de toda mirada indiscreta.

Dejando un rojo rastro en el espacio, la nave perdió velocidad y se encaminó hacia aquel lugar Gus silbó suavemente al verla.

Arrimó su casco al de Fay.

—Es una zapatilla volante —dijo.

Y tenía toda la razón, dada la curiosa forma de la astronave, muy parecida al calzado que había indicado, aunque de líneas más esbeltas y con capacidad, según supuso Gus, para media docena de tripulantes.

La zapatilla redujo su marcha hasta quedar suspendida a unos metros del suelo; luego, poco a poco, fue perdiendo altura, hasta que sus motores se detuvieron bajo el alto techo de la gruta que antes cobijara a la «Anfitrite». Una escotilla, inundada de luz, se abrió entonces, y un hombre saltó al suelo.

Otro apareció en la escotilla y empezó a largar al primero numerosos objetos. Los dos estaban ajenos por completo a que tres pares de ojos les contemplaban ansiosamente. Gus tomó de pronto, muy nerviosamente, el brazo de la muchacha.

—Fíjese. Fay; van a montar una tienda estanca.

Ahora los dos hombres estaban en el suelo ya y trataban de poner en pie los vástagos que sostendrían la tienda, cuyas botellas

de suministro de aire se veían en un lado. Gus dudó en darse a conocer, pero en aquel momento un nuevo incidente atrajo su atención. Dos personas acababan de aparecer en la escotilla, y una de ellas empujó con violencia la que iba en cabeza.

Ésta habría caído a no ser por la casi nula gravedad de Eros, pero aun así trastabilló y vaciló. Fay lanzó un agudo grito que no pudo ser oído más que por ella, dado que los sonidos morían dentro de su casco.

¡La persona que había sido empujada llevaba en brazos a un niño!

Los dos llevaban las adecuadas vestimentas espaciales, pero era indudablemente que estaban destinadas a habitar en aquella tienda estanca, para la cual seguían desembarcando más botellas de aire, así como cajas con víveres. Fay acerco su casco al de Gus.

—¿Qué podrá ser eso, Gus? —le preguntó.

—No sé…; pero nada bueno, con toda seguridad.

A través del grueso vidrio de la escafandra, los ojos de la muchacha miraron implorantes al capitán.

—¿Y… y no podríamos hacer nada por esos desdichados?

Gus se llevó la mano al casco, olvidándose de que no podía frotarse la mandíbula, Meditó unos momentos.

Luego tocó en el hombro de Fillis. Éste le miró. El joven le señaló con el índice una roca no lejana, y el pistolero, comprendiendo, asintió. Fay volvió a hacerle una pregunta.

—¿Cómo piensan atacarles, si no tienen armas, Gus?

EL capitán sonrió, señalándose la frente con gesto harto significativo. Luego, aprovechándose de que ninguno de los recién llegados miraba hacia allí, saltó fuera de su refugio, dando un salto horizontal, pues no podía hacerlo vertical, toda vez que acaso habría salido despedido al espacio, y se lanzó hacia otra roca, muy cerca de la entrada, a la cual se asió con ambas manos, agazapándose tras ella. Fillis hizo lo propio, a unos metros de distancia.

Volvió a asomarse, notando que la separación entre ellos y los desconocidos era ya muy corta. Inclinándose, buscó algo en el suelo. Lo halló bien pronto.

Aquella piedra, en apariencia, no pesaba nada, pero seguía conservando su masa, a pesar de la ausencia de gravedad. La agitó

en la mano, enseñándosela a Fillis. Éste movió la cabeza afirmativamente, enseñándole también otro pedrusco.

Según lo que había visto Gus, sólo había tres hombres en la nave, aparte de aquella persona y el niño. Dos estaban fuera, estibando las mercancías descargadas y el tercero se hallaba en el interior de la nave. Era preciso, pues, aguardar el momento justo, y éste llegó cuando el tercer personaje se retiró más que otras veces.

Gus se puso en pie de un salto, echando la mano hacia atrás. Los dos hombres, muy atareados en su labor, le daban la espalda. Pero fue visto por el individuo que sostenía al niño en brazos.

Gus le hizo un signo con la mano izquierda para que guardara silencio, y acto seguido, lanzó la piedra hacia adelante, con todas sus fuerzas. Fillis le imitó en el acto.

Los dos proyectiles volaron hacia sus respectivos blancos. En la Tierra habrían pesado al menos veinte kilos cada uno, pero en Eros se manejaban como simples bolas de papel. Los dos tipos recibieron aquel enorme impacto y se desplomaron sin sentido instantáneamente.

Todavía estaba su piedra volando en el espacio, cuando ya Gus se arrojaba hacia adelante, seguido por el pistolero. Su mano buscó con nerviosa prisa un arma en el cinturón del caído que le había tocado en suerte.

Halló una pistola desintegrante, en el preciso momento en que el tercer individuo asomaba por la escotilla de la pequeña nave. Éste, asombradísimo por ver más gente de la que él había dejado unos segundos antes, tardó en reaccionar más de lo debido.

Pero también divisó, al mismo tiempo, caídos en el suelo, a sus dos compañeros. Intuyó lo ocurrido, y con un rugido de ira, echó mano a su pistola.

Gus fue infinitamente más rápido que él Arrodillado casi sin apuntar, oprimió el botón disparador de la suya, y liberó una descarga que fulminó al individuo, convirtiéndolo en una bola de gas verdoso que se disipó casi instantáneamente.

Luego se volvió. La persona que tenía al niño en brazos corría hacia él, gritándole algo que Gus no pudo entender en el primer momento. Gus conecto de nuevo la radio, y apenas lo había hecho, se vio precisado a ahogar una poco correcta exclamación de asombro.

Dentro de la máscara de la escafandra, una bellísima mujer le miraba con los ojos preñados de lágrimas de agradecimiento, en tanto que estrechaba al niño, de muy corta edad, contra su pecho.

—Os debo la vida, caballero —dijo—. Y este niño, aun cuando no sabe hablar, también. Yo os doy las más rendidas gracias en su nombre y en el mío, señor…

—Kilroy. —Angus Kilroy, más conocido por Gus y otros apodos que…

—¿Cómo habéis dicho, señor Kilroy? ¿Sois el mismo cuya cabeza está pregonada y puesta a precio dentro de los límites del Gran Khanato?

Gus respingo.

—¿He oído bien? ¿Mi cabeza pregonada, señora? ¿Quién es usted, si me hace el favor?

—Me llamo Aziria —repuso ella—, y este niño es el legítimo Gran Khan.

Gus, Fay y el pistolero, quienes se habían acercado, llenos de curiosidad, abrieron una boca de a palmo, al escuchar la inesperada noticia.

—¿Éste… mocoso… el Gran Khan? ¡Por las barbas de la ballena que se tragó a Jonás! Señora, ¿nos ha tomado por tontos?

—En primer lugar, soy soltera, por lo que el tratamiento que me ha dado, señor Kilroy, es completamente inadecuado. Y en segundo lugar, cuanto he dicho es la pura verdad.

Gus miró desconcertado a sus dos compañeros.

—¡Ésta sí que es buena! —masculló Fillis.

—¿Cómo podremos saber que lo que usted está diciendo es la verdad? —preguntó Fay, mucho más práctica.

Aziria hizo un gesto de impaciencia. De pronto, su vista se fijó en los dos hombres que aun yacían inconscientes.

—Cualquiera de estos dos forajidos puede confirmar cuanto he dicho. Despertadlos y…

Está bien, está bien —gruñó Gus, que no acababa de ver del todo clara la cosa—. Dejaremos las explicaciones para más adelante. Fillis, vea si puede hacer recobrar el conocimiento a alguno de estos tipos.

Unas enérgicas sacudidas, propinadas sin miramiento alguno por el pistolero al esbirro que tenía más cerca, consiguieron lo que se

deseaba. El individuo abrió los ojos, estúpidamente asombrado de verse rodeado por unas personas a las cuales desconocía.

—Vamos a ver, tú —se encaró Gus con el tipo—: ¿quién es el niño éste?

—Cuando llegue a su mayoría de edad, será el Gran Khan.

Gus miró a Aziria.

—A lo que parece, dijo usted la verdad, pero… no acabo de comprender la cosa.

—Si lo deseáis, señor Kilroy, puedo ofreceros las explicaciones que os parezcan oportunas. En medio de todo, no puedo por menos de estaros infinitamente agradecida a vuestra valiente intervención, que nos ha salvado a Karin y a mí de un horrible destino.

—¿Se llama Karin el niño? —preguntó Gus.

Aziria movió afirmativamente la cabeza.

—Sí y estamos aquí, porque el actual Gran Khan…

Aziria se interrumpió, con los ojos desorbitados por el horror. Lanzó un agudísimo grito que estremeció los tímpanos de todos cuantos lo escucharon.

—¡Miren! ¡Quiere escaparse!

Gus lanzó una maldición. El individuo aquél a quien habían despertado, aprovechándose de la momentánea distracción en que habían caído, se había ido deslizando hasta llegar junto al costado de la astronave. Ya ponía el pie en el interior, cuando fue descubierto por Aziria.

Más rápido que Gus fue el pistolero, sin embargo. Fillis alargó la mano, armada con una de las pistolas arrebatadas a sus prisioneros, y oprimió el disparador. El esbirro desapareció en medio de una espesa nube de humo verdoso que desapareció rápidamente.

—Gus —observó Fay— deberíamos irnos cuanto antes de aquí.

—Sí… pero antes de embarcarme en una aventura, me gustaría conocer más detalles de la misma. Por ejemplo, ¿qué diablos ha podido ocurrir en Cereida para que el Gran Khan actual haya creído oportuno deshacerse del, según Aziria, legítimo heredero?

La interpelada hizo un gesto de impaciencia.

—Tendré que contárselo todo, señor Kilroy. Está bien, la historia es ésta: Karin es hijo del hermano mayor del Gran Khan y de mi hermana. El matrimonio murió, sin que se sepan todavía con claridad las causas de su muerte…

—De modo que el niño es sobrino suyo, ¿eh?

Aziria asintió, continuando:

—Naturalmente, Karin es el heredero del Gran Khanato, pero no puede gobernar, como es lógico, hasta su mayoría de edad. Ahora resulta que el actual Gran Khan, Tsalisvar, se ha encariñado con el puesto y no quiere soltarlo. Y tanto es así, que sabiendo cuánto le estorba Karin, dio la orden de suprimirlo. Tsalisvar conoce los sentimientos poco amistosos de Cereida hacia él, y sabe también que, llegado el momento oportuno, la proclamación de Karin le dejaría a él cesante, cosa que como es lógico suponer, no le agrada en absoluto, ni poco ni mucho. Además, está rodeado por una camarilla de aduladores que no cesan de arrimar el ascua a su sardina, con todo lo cual, Tsalisvar se ha ido ensoberbeciendo más y más…

—En fin —suspiró Gus—, que la historia se repite y nunca es nueva, sino cada uno de sus episodios una nueva versión de otro más antiguo. Esto parece un capítulo arrancado de las viejas rivalidades de los califas árabes y turcos, quienes mandaban estrangular a los presuntos herederos y a todos cuantos podían hacerle sombra, pero, de todas formas, Aziria, ¿por qué no mandó matarlos sin más, en lugar de desterrarlos a Eros?

—Porque quería, de momento, conservarnos en rehenes, por si la opinión pública se mostraba demasiado curiosa. Confiaba en que el tiempo lo borraría todo y así, una vez nadie se acordase ya de nosotros, ordenar nos matasen. Si las cosas le iban mal, siempre tenía tiempo de sacar a Karin a relucir y decir que lo había tenido educando en cualquier sitio, o alguna excusa por el estilo.

—En resumen, que el Gran Khan es un granuja que no tiene desperdicio —filosofó Gus. Acto seguido preguntó—: Escuche, Aziria, ¿cómo sabe que mi cabeza está puesta a precio?

—Lo oí por la radio de la nave en nuestro viaje de Ceres aquí.

—¿Cuánto ofrecen?

—Un millón de «garants», según la radio, señor Kilroy.

Gus silbó asombrado.

—¡Vaya! Deben considerarme un personaje importante cuando se arriesgan a pagar tanto por mi pellejo. Oiga, Aziria, ¿y quién les dijo que yo andaba…?

Aziria se encogió de hombros.

—Lamento no poder darle información alguna en ese sentido, capitán. Lo único que puedo decir es que se le considera como un hombre peligrosísimo, contra el cual hay que disparar apenas se le vea.

Gus se volvió a medias hacia Fay y el pistolero.

—Siento que tengan que viajar en tan mala compañía, pero, de momento, no encuentro medio alguno para librarlos de mi peligrosa presencia.

—Lo que hace falta —refunfuñó Fillis—, es largarnos cuanto antes de aquí. ¿Qué hacemos con este tipo? —Indicó al que yacía en el suelo, aún inconsciente.

—Déjalo ahí. Cuando se despierte, encontrará víveres y aire suficientes para una larga temporada. Ya vendrán a recogerlo algún día, una vez noten su falta.

Aceptado el plan, se encaminaron todos hacia la nave y penetraron en ella. La escotilla se cerró, y entonces, cuando Gus se disponía a inspeccionar los mandos, una voz sonó en todos los oídos, clara, enérgica, imperativa.

—¡Que nadie se mueva si no quiere verse desintegrado instantáneamente!

CAPÍTULO VI


ebido a su pequeñez, la zapatilla volante no tenía esclusa de aire. Cuando se quería salir al exterior el aire era absorbido por unos potentes aspiradores los cuales funcionaban de modo automático al ser cerrada de nuevo la escotilla, devolviendo al interior de la cámara la presión atmosférica conveniente, en contados segundos.

Así, pues, el individuo aquél los había estado esperando, sin duda escondido en alguna de las cámaras adyacentes, por haberse dado cuenta de su oportuna intervención en el salvamento de Karin y Aziria. Surgiendo de modo inesperado, había salido repentinamente, con una desintegradora en la mano, inmovilizándolos merced a la sorpresa y dejándolos sin la menor posibilidad de reacción.

Todos, pues, llevaban puestas sus escafandras de vacío, menos aquél, esbirro de Tsalisvar, pero ni Gus ni Fillis tenían sus pistolas en la mano. Antes de asirlas de sus respectivas fundas, habrían sido

fulminados por su captor.

Éste soltó una gruesa carcajada.

—¡Estupendo, capitán Kilroy, estupendo! Antes de desintegrarlos, he de daros las gracias, sin embargo, por la fortuna que me proporcionáis. Sí, de aquí en lo sucesivo, Hialmar, capitán de la guardia personal del Gran Khan, será un hombre rico, gracias al capitán Kilroy.

—¿Va usted a disparar contra mí? —preguntó Gus, con las manos en alto.

—¡Naturalmente! ¿Qué otra cosa puedo esperar, capitán?

—Pero, entonces, ¿cómo podrá presentar a Tsalisvar llevar la prueba de mi muerte?

Hialmar se echó a reír de nuevo. Palmeó significativamente la parte superior de su enorme pistola, en la cual se veía un aditamento desconocido hasta entonces por Gus.

—Aquí, en la pistola, capitán Kilroy, hay una diminuta cámara cinematográfica que está tomando en imágenes todo cuanto ocurre. ¿Qué mejor prueba que el «film» para cobrar el millón de «garants» que me está esperando en Cereida? Oh, capitán Kilroy, le creí muy listo —rió satisfechísimo Hialmar—, y en realidad no es usted más que un inofensivo corderito. Se dejó engatusar por los lindos ojos de Aziria, ¿eh? Debiera haber entrado antes en la zapatilla a investigar; acaso le hubiera ido mejor y…

—¿Todos los capitanes de Tsalisvar son tan charlatanes como usted, Hialmar? —preguntó Gus.

Trataba desesperadamente de hallar una salida para aquel lío en que se hallaba metido, mas, por mucho que lo pensaba, no conseguía nada positivo. Y Hialmar estaba demasiado lejos para intentar un salto desesperado; el proyectil desintegrante sería mucho más rápido.

Hialmar volvió a sonreír.

—Bueno, capitán, aquí se acaba su historia y…

—¡Un momento! —gritó Gus, alargando su mano—. Hialmar, antes de que dispare he de hacerle una pregunta.

El capitán frunció el ceño.

—Suéltela pronto, Kilroy; ya he perdido demasiado tiempo. ¿Qué es eso?

—¿Qué piensa hacer con mis compañeros?

—A su cadáver… bueno, a su espíritu, porque usted se convertirá en humo, ¿qué puede importarle, Kilroy? Vaya, ya he hablado demasiado. Capitán Kilroy, le deseo una muerte dulce y sin dolor.

Gus tensó todos sus músculos, disponiéndose a saltar aun a riesgo de recibir el proyectil a mitad de camino. Vio en los ojos de Hialmar la intención de disparar, pero entonces, la decoración cambió de signo bruscamente.

La puerta de la escotilla se abrió sin previo aviso, con terrible violencia, girando hacia el exterior y dejando escapar el aire, atraído por el vacío que obró a manera de un gigantesco aspirador. Hialmar, desprovisto de traje protector lanzó un agudísimo grito, que fue cortado en el acto cuando su cuerpo fue arrastrado hacia afuera por la enorme fuerza del pequeño tornado que había levantado súbitamente la apertura de la puerta.

En un segundo se vació el aire del interior de la navecilla. Arrastrado al exterior, Hialmar se retorció epilépticamente unos segundos, al mismo tiempo que su rostro se deformaba horriblemente, como consecuencia de la súbita descompresión a que estaba sometido. Los ojos se le saltaron de sus órbitas y sus manos se agitaron de espeluznante manera durante unos momentos, hasta que, de pronto, cayendo sobre él el espantoso frío del espacio, lo inmovilizó en una postura, que habría podido ser cómica y provocar la risa de no ser por la enorme tragedia del momento.

Pero no habían acabado allí las tribulaciones de aquellas personas. Todavía estaba agonizando Hialmar cuando unos agudísimos gritos brotaron de la garganta de Aziria, resonando dramáticamente en todos los receptores.

—¡Karin! ¡Karin! ¡Se escapa! —gritó la mujer, tendiendo sus manos hacia un punto brillante en el espacio. Gus comprendió al instante lo ocurrido.

En tanto que dialogaban él y Hialmar, Fay se había ido aproximando a la escotilla, oprimiendo luego, en el momento más oportuno, el botón disparador del mecanismo de apertura, que aún no había sido asegurado. Pero estando también allí, en la escotilla, Aziria y el niño, habían sido los primeros en ser arrojados fuera, debido a la formidable presión del aire que se escapaba; y Aziria, instintivamente, había abierto los brazos. El niño había sido cogido

en uno de los remolinos, rápidamente disipado, pero, con la suficiente fuerza para hacerle adquirir una velocidad superior a la escasísima de escape de Eros.

Gus se dio cuenta instantánea del peligro que podía correr el niño, perdido en el espacio. Karin se iba alejando muy lentamente, pero estaba ya fuera del alcance de los brazos, y a cada segundo que transcurría, la distancia entre él y Eros iba aumentando paulatinamente.

La solución fue tomada rápidamente.

—¡Las cuerdas! —gritó.

Todo hombre que se hallare en el espacio va provisto, inexcusablemente, de un pequeño rollo de cuerda de nylon, de unos cuarenta o cincuenta metros de longitud, provisto de un mosquetón en uno de sus extremos, en tanto que el otro se halla asegurado sólidamente a su cinturón. Nadie puede salir al espacio sin tal requisito, de la misma forma que nadie lo haría sin su correspondiente provisión de aire. Y el único modo que tenían para recapturar a Karin era el de enlazar las cuerdas y salir en su persecución.

Habiendo cuatro personas, más el secuaz de Hialmar, aún inconsciente, la longitud total de la cuerda que se formó, rebasaba ampliamente los doscientos metros. Gus tomó uno de sus extremos, y luego corrió hacia el montón de objetos que habían sido sacados de la nave, tomando una enorme botella de aíre, sobre la cual montó rápidamente a horcajadas.

Sujetó sólidamente el cilindro con las piernas y asió el extremo de la cuerda con una mano, sabiéndose observado anhelosamente por sus compañeros. Con la otra abrió la espita del gas, e inmediatamente saltó en el espacio.

En los primeros momentos, su marcha fue muy irregular y el aspecto que Gus ofrecía a los ojos de Fay, Aziria y Fillis era el de un vaquero de nueva especie, domando un potro harto rebelde. Pero, al fin, tras numerosas contorsiones y sueltas de aire, de diferentes potencias, según los casos, Gus consiguió aproximarse al niño, que flotaba en el espacio, ya a una regular distancia de Eros.

Alargó una mano para asirlo, pero se dio cuenta de que no llegaba. Cargó un nuevo chorro de aire, pero no ocurrió nada.

La frente de Gus se cubrió de un frió sudor. Mirando hacia

abajo, se dio cuenta de que la cuerda había ya dado de sí todo cuanto podía y que por muchos esfuerzos que hiciera, ya no podría alcanzar a Karin, el cual continuaba alejándose, muy lentamente en apariencia, pero con más velocidad de la que fuera de desear. Gus se mordió los labios, buscando una solución más no la pudo hallar.

—¿Qué le pasa, Gus? —Sintió de pronto la voz de Fay en los auriculares.

—No alcanzo más. No sé qué hacer… —Y concluyó con una enérgica interjección.

Miró nuevamente hacia arriba. Él pequeño perneaba desesperadamente, asustado sin duda por aquello que le ocurría, tan nuevo y tan desconocido a la vez para él. Su tamaño iba disminuyendo por momentos y, metafóricamente, Gus se tiró de los pelos al sentirse impotente para impedir la fuga del niño.

El cable, que le unía a Eros estaba completamente recto, tenso, sin la menor curva, como si fuera de rígido metal. Desesperado, Gus apeló a la única solución que había.

Cogió con una mano el cilindro de aire y con la otra la espita de oxigeno de su propio traje. Abriendo una y otra, con diversas alternativas, se lanzó al espacio en pos de Karin.

Lo alcanzó al fin, mas apenas lo había hecho, se dio cuenta, por el manómetro interior, de que el oxígeno de su traje se había concluido ya. ¡Sólo podía contar, para el regreso a Eros, con el gas de la botella, pero aun esto no era seguro, embarazado como estaba con el estorbo que le constituía el chiquillo! Y además, empezó a notar los primeros síntomas de asfixia.

Luchando contra el desfallecimiento que se apoderaba de él, trató de regresar. Pero su trayectoria era errática y sin consistencia alguna, y tan pronto se acercaba como se alejaba. En una ocasión, el cable, que continuaba inmóvil, dada la total ausencia de aire, pasó a menos de un centímetro de su mano, pero la visión de Gus estaba ya notablemente alterada, y, percibiendo los objetos dobles, cogió el cable «que no era». Lanzó un reniego al darse; cuenta, en un brevísimo momento de lucidez, de su fracaso.

La cabeza comenzó a arderle. Rojas nubes aparecieron ante sus ojos, bailando una danza frenética, al mismo tiempo que los pulmones amenazaban con estallarle. Trató de conservar el conocimiento, haciendo para ello desesperados esfuerzos, pero, sin

saber cómo, la noche se le echó encima, con su protector manto de tinieblas.

Cuando se despertó, le parecía que la cabeza le iba a estallar. Gimió, quejándose, y entonces sintió en la boca el contacto de algo que, en el primer momento, le pareció un lápiz. El lápiz escupió de pronto un chorro de un líquido que le hizo toser y lagrimear al pasar por su garganta. Lanzó un reniego, y de nuevo el lápiz volvió a soltar otra dosis de licor.

—¿Dónde estoy?

—A bordo de la zapatilla —le contestó una voz dulcísima, de tonos graves y profundos, llenos de ricas entonaciones. Gus se volvió.

—¿Acaso hay ángeles en esta región del espacio? —inquirió.

Aziria se echó a reír. Gus recreó su mirada en el hermosísimo rostro de la joven, cuyos cabellos, negrísimos, brillantes como ala de cuervo, le caían en esplendente cascada por los redondos hombros. Un poco más allá, Lester Fillis se entretenía jugando con el pequeñuelo, quien apenas si sabía aún sostenerse en pie.

—Nos hizo usted pasar un mal trago, capitán —dijo Aziria, mirándole de tal forma que Gus no tuvo otro remedio que ruborizarse—. Afortunadamente, fuimos en su busca con la nave.

—¡Idiota de mí! —exclamó el joven—. Podía haber empleado tal procedimiento, ahorrándome multitud de disgustos y…

—Olvida usted que para hacerlo era preciso tener la escotilla abierta, y una astronave como ésta no puede manejarse en dicha forma, esto es, sin aire en su interior. Los instrumentos, ¿sabe? Fillis se quedó fuera, adherido al cascarón, y nosotras, es decir, la señorita Fay Hill y yo, nos remontamos hasta que el señor Fillis pudo echarle una mano. Hubimos de bajarles de nuevo a Eros, y una vez aquí meterle dentro de la nave. Y darle aire aprisa; se nos ahogaba como si el morirse fuera algo importantísimo para usted.

Gas se estremeció. Aziria continuó:

—Tenía usted muy mal aspecto, capitán. Francamente, no creímos poder sacarlo adelante, y solamente se debe a un milagro el que esté con vida. Esto que hizo es algo que jamás olvidaré. Ni yo ni mi sobrino Karin, cuando éste tenga la edad suficiente para poder agradecérselo personalmente.

—No le de tanta importancia, Aziria —dijo Gus, y trató de

incorporarse; pero le pareció que la cabeza se le iba a partir en mil pedazos. Se quejó—: ¡Uf! Oiga… ¿dónde está ese maravilloso licor que me dio hace unos momentos?

Aziria se volvió y tomó de un estante una pera de goma que alargó al joven. Éste la oprimió y dejó que el coñac le reanimara de nuevo.

—Aquí, sin gravedad, no sirven las copas Napoleón —dijo.

—Pero el licor tiene el mismo gusto, ¿no?

Kilroy hizo una mueca.

—Por lo menos, hace los mismos efectos. Oiga, ¿qué rumbo llevamos ahora? —dijo, cambiando de pronto el de la conversación.

—A Ceres, capitán Kilroy.

Gus dio un enorme salto en su litera. Olvidándose del lancinante dolor que le atravesaba el cráneo, miró fijamente a Aziria.

—¿A Ceres dijo? ¿Y qué diablos se nos ha perdido a nosotros allí? ¿Es que ignora que si nos pescan nos hará picadillo ese Tsalisvar?

—Usted, capitán Kilroy, desconoce también que yo, es decir, Karin, tiene muchos amigos en Ceres. No todos están satisfechos con la presencia de Tsalisvar en el Gran Khanato, ¿me comprende? Además, estoy segura, porque es lo lógico, que Tsalisvar y sus esbirros nos buscarán por todas partes, menos en Ceres. ¿A quién se le ocurriría pensar que estamos allí?

—Eso es, hasta cierto punto, muy sensato. Pero muy arriesgado también —dijo Gus, a media voz, como si hablara consigo mismo.

Se dio cuenta de que la inesperada presencia de Karin no podía por menos que facilitar sus planes. Pero a él no se le había hablado para nada de un segundo Gran Khan sino del que actualmente detentaba el poder, y al cual había que suprimir, fuera el precio que fuere el que costase. Una súbita idea surgió en su mente.

—Está bien —dijo—. Estoy seguro de que usted, Aziria, busca mi ayuda, ¿no es así?

La joven asintió, bajando sus pestañas de un modo que hizo polvo el corazón de Gus. Alegres campanas empezaron de pronto a tocar una alegre marcha en el pecho del joven.

—De acuerdo. Le prometo mi ayuda, Aziria. Pero, con una condición.

—Espero, sea lo suficientemente digna, para aceptarla en

nombre de Karin. No obstante, habrá de tenerse en cuenta es preciso llegar a la mayoría de su edad, para que él en persona, ratifique nuestro acuerdo.

—¡Lo hará, ya lo creo que lo hará! —exclamó Gus—. La condición es la siguiente: Promesa absoluta y garantizada, de respetar la espacionavegación de la Federación, sin injerencia alguna por parte de las naves de Ceres, y colaboración absoluta de éste en la persecución de los piratas, y corsarios del espacio. Esto implica la firma de un Tratado con la Federación, así como una especie de dependencia de ésta, pero sin que esto prejuzgue nunca una sumisión absoluta de Ceres a la misma.

—De todas formas —dijo Aziria pensativa—, la cosa hay que meditarla mucho, capitán Kilroy, creo pues anticiparle el asentimiento a sus propuestas, pero no ha de olvidar que, derrotando a Tsalisvar, se nombrará una especie de Consejo de Regencia que, en definitiva, será el que discuta sus condiciones. De todas formas, teniendo en cuenta su intervención, estoy por afirmar que, ya sé lo he dicho, serán aceptadas.

—¡Bravo! —exclamó Gus, sintiéndose mejor a cada momento que pasaba, se atizó otro jeringazo de coñac y quedo casi como nuevo. Y ahora— continuó, inquisitivo —exponga su plan para llegar a Ceres y hacernos con la capital y, por tanto, con el Gran Khanato.

Aziria meditó unos momentos. Luego alzó su cabeza.

—Abrigo la esperanza de que podremos aterrizar sin ser vistos, capitán Kilroy. Pero no podemos, lógicamente, hacerlo en la capital. En su lugar, lo haremos en el Valle Blanco…

—¿El Valle Blanco? ¿Qué es eso? —preguntó Gus atónito.

—Es una depresión situada a unos mil kilómetros de Cereida y está a muchísimos metros bajo el nivel general de su curvatura. Lo mismo que en la Tierra se dice el nivel del mar, capitán Kilroy.

—Llámeme Gus —dijo éste, hecho un tarro de miel—. Sí, la entiendo perfectamente, Aziria.

—El Valle Blanco es un desierto, en el cual no se arriesga nadie, porque internarse en él es buscar una muerte segura. A pesar de la distancia que separa a Ceres del Sol, hace allí un calor horroroso, sólo comparable al de los más ardientes desiertos de la Tierra… Gus —sonrió Aziria, dando la voltereta completa al corazón del joven.

—Pero, entonces, ¿por qué no vamos directamente a otro lugar mejor?

—Porque yo tengo allí un seguro escondite, con todas las comodidades, en donde podremos permanecer hasta el momento oportuno, Gus. Y desde allí, por una onda secreta, que no puedo emitir desde la nave, me pondré en contacto con alguno de los más fieles partidarios de Karin, ¿comprende?

Gus sonrió atontado.

—Lo único que comprendo, Aziria, es que usted es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Las largas pestañas de la joven aletearon nuevamente. Gus contuvo los irrefrenables impulsos que sentía de bajar un ala y empezar a dar vueltas alrededor de Aziria. Ésta sonrió pudorosamente y susurró:

—¿Lo dice usted en serio…, Gus?

CAPÍTULO VII


ziria había tenido razón. Ningún otro lugar en el Universo podía compararse, en desolación, con el Valle Blanco de Ceres, sobre el cual estaban volando a escasa altura, pilotado el aparato por la propia Aziria, en busca del refugio que ella había indicado poseer.

El Valle Blanco merecía el nombre, dado el color que poseía, pero que, gracias a la enorme distancia que separaba al planetoide del Sol, disminuida notablemente la luz de éste, resultaba grisáceo, con unos tonos altamente siniestros que deprimían por completo el ánimo. Literalmente, no era un valle, sino una depresión entre montañas, de una absoluta desnudez, sin que ninguna planta creciera en ellas, semejando un segundo paisaje lunar, en el que la muerte parecía ser el único habitante de aquel desierto trozo del asteroide.

Debido al reducido diámetro de Ceres, apenas unos setecientos kilómetros, la curvatura del horizonte era fácilmente perceptible,

aun desde pocos metros de altura. De las montañas, el terreno descendía en irregulares escalones, de diferentes tamaños y amplitudes, hasta el suelo del valle, el cual mediría unos cien kilómetros de anchura por el doble de largo. Si alguna vez había llovido en aquel sitio, las señales del agua se habían borrado por completo.

Ocasionalmente, algún remolino de aire elevaba un poco de polvo del suelo, originando un grisáceo cono que giraba y se arremolinaba unos momentos antes de desaparecer. Salvo estos diminutos tornados, la impresión de desolación y abandono era absoluta.

Gus se hallaba al lado de Aziria, mirando el paisaje de las lucernas de la proa de la nave, en tanto que ésta avanzaba con lentitud, debido a que la muchacha necesitaba estudiar bien el terreno para no cometer un fallo en la búsqueda de su refugio.

—Lo siento —exclamó Aziria al cabo de unos momentos—. Todo esto es tan igual, tan exasperantemente monótono, que no acabo de decidirme acerca del punto en donde tengo el escondite.

—Pero no será muy lejos de aquí, ¿verdad?

Aziria meneó la cabeza.

—No, no puede estar ya muy lejos y, sin embargo…

Un súbito chirrido de los timbres de los detectores obligó a los dos a levantar la cabeza. Gus frunció el ceño.

—¿Qué es lo que ocurre ahora? —inquirió.

Pero Aziria no le contestó. Miraba horrorizada la astroplaca, en la cual se veía reflejada la ahusada silueta de una astronave.

—¡Mire, Gus, mire! —exclamó.

El joven lanzó una exclamación.

La lamparita de la radio osciló. Gus alargó la mano y dio el contacto para recepción.

—¡Deténganse inmediatamente donde se encuentran y no hagan ningún movimiento sospechoso, si no quieren ser fulminados! —fue la orden que se recibió por los megáfonos.

Fay y Fillis, éste con el niño en brazos, corrieron hacia la proa.

—¿Qué piensa hacer, Gus? —preguntó Fay con temblorosa voz.

Éste no le contestó directamente. Miró a Aziria en su lugar.

—¿Qué clase de armamento lleva este artefacto? —interrogó.

—Un par de torpedos, pero…

—Está bien. Creo que será suficiente. Sujétense bien a los asientos.

—¡No, Gus, no! —gritó Aziria—. Es una nave patrullera, muy bien armada, y que podría deshacernos de un solo disparo.

—Veremos quién deshace a quién —murmuró ceñudo el joven —. ¡Vamos —les increpó—; hagan lo que les he dicho! ¡Fillis, cuídeme del chico o lo desollaré vivo!

—Me contrataron como artillero; no como niñera —se quejó el aludido, pero Gus no le hizo el menor caso.

Se sentó ante los mandos y tomó él el control de la nave. Luego estudió la astroplaca. La patrullera se aproximaba lentamente, volando en círculo sobre ellos, a manera de un ave de rapiña antes de lanzarse sobre la presa. Era evidente que se encontraban ligeramente desconcertados por la presencia de la zapatilla en el Valle Blanco, y que no se atrevían a proceder con ella de un modo expeditivo. Gus decidió, pues, aprovecharse de la ocasión.

—Aziria —preguntó—, ¿habrá comunicado esta patrullera nuestro hallazgo?

—Lo más probable, Gus —contestó ella.

—Pero su refugio no está muy lejos de aquí, ¿verdad?

—Confío en que no. Sin embargo, es todo tan horripilantemente monótono.

—Eso es lo de menos. Si el refugio está cerca… ¡Atención! Voy a actuar.

Durante unos segundos, Gus mantuvo la vista fija en la verdosa pantalla, estudiando los movimientos de la patrullera. Aguardó el instante preciso, que resultó ser aquél en que la nave de Ceres se encontraba frente a ellos, por la proa.

Entonces, con una súbita maniobra, empinó la nave, poniéndola a tiro de la otra, y casi simultáneamente con su gesto, su mano pulsó el disparador de los torpedos.

Una doble raya de luz partió al instante de la zapatilla volante, encaminándose ambos trazos de fuego en derechura hacia la patrullera. Gus previó la reacción de ésta y obró en consecuencia, desviándose a un lado.

Casi al mismo tiempo que partían los torpedos de la pequeña nave, la patrullera, viéndose amenazada, largó otro en dirección a la primera. Todos los torpedos, estallaron, aunque con muy

diferentes consecuencias.

La patrullera se deshizo en medio de una espantosa llamarada, el fragor de cuya explosión atravesó las metálicas paredes de la zapatilla. Ésta en cambio, resultó alcanzada, aunque de muy diferente manera.

El torpedo disparado por la nave de patrulla pasó por su lado, sin alcanzarla directamente, pero reventando contra el suelo con horrísono estampido. Una colosal nube de fuego y humo se elevó a lo alto, cogiendo en uno de sus lados a la nave en que viajaban Gus y sus compañeros.

La ola de concusión alcanzó de lleno a la zapatilla, haciéndola voltear en el aire como si fuera una simple pluma. Todos cuantos se hallaban en su interior se sintieron horriblemente zarandeados y empujados de un lado para otro.

La navecilla se agitó horriblemente unos momentos, y luego, detenidos sus motores como consecuencia del estallido, empezó a caer. Gus, semiaturdido, intentó luchar con los mandos, pero apenas si consiguió poner en funcionamiento más que un solo chorro, el, cual resultó insuficiente para contener la caída.

Advirtió a Aziria inconsciente a su lado, con la cabeza caída sobre el pecho, en tanto que de su frente manaba la sangre, pero no podía perder tiempo en socorrerla; el suelo del Valle Blanco se les acercaba con grandísima rapidez.

Luchó desesperadamente con los mandos, tratando de equilibrar la zapatilla con las breves aletas de que ésta disponía, pero todo fue inútil. La caída era infalible, aunque en el último momento, Gus logró convertirla en un resbalamiento, con el cual esperó atenuar notablemente los daños.

En el último instante, y haciendo un esfuerzo titánico, enderezó el morro del aparato, levantándolo un poco. La zapatilla tocó de panza con el suelo y empezó a resbalar por el suelo.

Recorrió un buen trecho de éste a grandísima velocidad, levantando tras sí una espesísima estela de grisáceo polvo. El aparato saltó y rebotó espantosamente, dejando tras de sí enormes trozos de su estructura, en medio de estremecedores chirridos de metal que se quebraba, y al fin, tras un lapso de tiempo que a Gus le pareció interminable, un montículo apareció ante ellos.

La proa de la nave se hundió profundamente, con seco crujido,

en aquel obstáculo natural, que sirvió a modo de freno definitivo. Hubo más ruidos de metal desgarrado, y luego, poco a poco, volvió el silencio.

Gus fue el primero en recuperarse. Se soltó las correas apresuradamente y acudió en socorro de Aziria. Comprobó, con no poca alegría, que la joven vivía aún, y se volvió dispuesto a buscar elementos de cura.

Pero se topó con Fay, la cual, al parecer, no había sufrido el menor daño. Ésta le dijo:

—Le convendría recordar, capitán, cuál era mi profesión antes de convertirme en una desterrada. Yo curaré a esa mujer; déjelo de mi cuenta.

Gus no dejó de advertir el helado tono de las palabras de la muchacha pero no supo explicarse entonces a qué se debía. Se acercó a Fillis, el cual trataba de desembarazarse de las correas que le ataban aún al asiento.

—¡Por todos los clavos de Cristo! —refunfuñó él pistolero—. Capitán, ¿de qué madera está usted hecho? ¿No le duele nada? Yo tengo los huesos hechos polvo.

—Yo también, Fillis, pero ahora conviene ver cómo está el niño.

—A ese renacuajo no lo parte ni una bomba atómica, capitán. Mírelo usted ahí.

Gus volvió la vista y sonrió al ver al pequeñín que juntaba sus manecitas y las separaba, al mismo tiempo que agitaba sus piernecitas, sonriendo y emitiendo unos ininteligibles sonidos, con los cuales, sin duda, quería expresar el contento que sentía en aquellos instantes.

—Ahí lo tiene usted, capitán —gruñó Fillis—. Estoy seguro de que, si tuviera conocimiento, no estaría tan alegre.

—Bien, Fillis; le estoy la mar de agradecido por cuanto hizo por él. Realmente, no sé a cuál de los dos deberá la vida Karin.

—¡Bah! No se preocupe por ello, capitán. Yo lo que quiero es que, cuando se termine todo esto, me dejen en libertad de una vez. Me parece que voy a quedar más que harto de aventuras para toda mi vida.

—Pero… ¡si aún no hemos empezado! —exclamó Gus, y se alejó, dejando a Fillis lleno de consternación.

—¿Cómo está Aziria? Preguntó a Fay.

—Bien, Gus; véala por usted mismo —repuso la doctora con sequedad.

El joven fingió ignorar deliberadamente el desapacible tono de la joven, Aziria, aún pálida, con un parche de tafetán en la frente, le sonreía de aquella manera que tanto insomnio le causaba.

—Se ha portado usted muy hábilmente, Gus —dijo Aziria con suavidad—. Karin tendrá que agradecérselo cuando llegue a gobernar Ceres.

—La verdad —confesó Gus—, no lo hice sólo por él, Aziria.

—Lo hizo por mí —terció ásperamente Fay—; no le quepa la menor duda.

Aziria, miró sorprendida a la muchacha.

—¿Qué le ocurre ahora, Fay? ¿Acaso está disgustada conmigo?

Gus se sonrojó.

—No; solamente un poco excitada por nuestro derribo. Pero opino que mejor sería dar de lado las cuestiones personales y ver de abandonar este trasto. Si, como tememos, la patrullera radió nuestro encuentro, no tardaremos mucho en tener esto infectado de naves de Tsalisvar con las intenciones que son de suponer. Aziria, ¿cree que podrá orientarse ahí fuera?

La interpelada asintió. Gus se volvió hacia la doctora.

—Fay, ¿está Aziria en condiciones de caminar?

—Si no lo estuviera, pruebe, a llevarla en brazos; no creo que eso le desagradase.

Gus se mordió los labios, evitando una respuesta acaso poco académica. Nuevamente se dirigió a Aziria.

—Tomará usted el niño, en tanto que Fillis y yo preparamos las armas y algunos víveres, así como armas para defendemos en caso de ataque. Voy a disponerlo todo, Fay, ¿tendría usted inconveniente en ayudarme a seleccionar lo más preciso?

—Oír es obedecer, mí señor —dijo ella irónicamente, cruzando los brazos sobre el pecho, e inclinándose, conforme a la usanza oriental.

Gus no hizo caso de la pulla y se encaminó hacia donde estaba Fillis.

Los preparativos fueron, hechos rápidamente, Gus dispuso un par de sólidas bolsas, en las cuales echo unas latas y cantimploras llenas de agua, colgándose una de ellas del hombro. Otra fue a

parar a manos de Fillis, y la tercera, más pequeña, correspondió a Fay, quien también se proveyó de su correspondiente pistola. En el último momento, Gus hurgó en el diminuto panel de víveres de la navecilla hasta encontrar algo que echó en su zurrón.

—Acaso tengamos necesidad de hacer fuego para calentar la comida del niño —dijo a guisa de explicación.

Y, sin más, se encaminó hacia la escotilla.

Pulsó el botón de apertura, y al instante la puerta giro sobre sí misma. Una ardiente ráfaga de hediondo aire penetró en el interior de la cabeza. Fillis lanzó una espantosa palabrota.

Gus notó que los pulmones le ardían.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué es esto?

—El Valle Blanco —contestó lacónicamente Aziria, saltando al suelo.

Había puesto un trapito sobre las narices del niño, con objeto de facilitarle la respiración.

Gus miró en torno suyo, admirando, a su pesar, la enorme desolación de aquel horrible sitio. La superficie del Valle Blanco estaba revuelta, atormentada, como si hubiera sufrido recientemente algún cataclismo sísmico, y no se veía en ella la menor señal de vida. Lo único que se advertía era un calor sofocante, que hacía la atmósfera irrespirable, sofocante.

Gas dedujo que aquella elevadísima temperatura, que provocó una enorme transpiración en todos los cuerpos apenas salieron al exterior, debía ser causada por ignotas fuerzas volcánicas existentes en el subsuelo del Valle. Pero no pudo confirmar su suposición, porque Aziria había echado ya a andar, y no era muy conveniente hablar en aquellos momentos. No llevaban ya ni un minuto fuera de la zapatilla, y ya tenía la boca completamente reseca.

Ignorando deliberadamente sus propios sufrimientos, caminaron con toda la prisa que les fue posible. Cuando el diminuto Sol, diminuto visto desde allí, se ocultó en el horizonte, Gus provocó un breve conciliábulo que tuvo como resultado el de hacer alto en aquel mismo lugar, con objeto de no extraviarse.

Cenaron poco y rápidamente, dando únicamente al niño su ración acostumbrada, aunque tuvo que ser fría. En la noche, absoluta, sin un satélite que disipara levemente las tinieblas, Gus no se atrevió a encender fuego, para no ser visto, como

indudablemente habría ocurrido, desde gran distancia. Luego de reparadas sus fuerzas, decidió partir la noche, con Fillis, en dos turnos de vigilancia. Eligió el segundo turno, y el pistolero montó la guardia, armado con una pistola desintegrante.

Gus no supo cuánto había dormido, hasta que, de pronto una mano le tocó en un hombro. Despertó sobresaltado y se sentó en el duro y costroso suelo, frotándose los ojos.

—¿Es ya la hora, Fillis? —inquirió, en voz baja, para no despertar a las mujeres y al niño.

—No, capitán. Dispénseme si le he despertado, pero quiero que vea algo. ¿Tiene la pistola a mano?

Gus asintió, empuñando el arma. Asiendo el brazo de Fillis, caminó unos cuantos metros, hasta que el pistolero le detuvo.

—Escuche, capitán —le cuchicheó al oído.

Gus forzó sus sentidos. Percibió un siseo en el suelo, como si algo se arrastrase no muy lejos de allí. Notó que estaba cubierto de sudor, y no precisamente debido a la temperatura, la cual, no dependiendo apenas del sol no había disminuido en lo más mínimo al llegar la noche.

El siseo se repitió. Luego se oyeron unos secos chasquidos, no muy inertes, que a Gus le parecieron los causados por los dientes da un gran perro al cerrar bruscamente sus mandíbulas. Tragó saliva, intuyendo hallarse en presencia de algo terrible y misterioso a un tiempo.

Repentinamente, a corta distancia de ellos, dos puntos rojizos aparecieron, reluciendo extraordinariamente en las tinieblas. El crujido se produjo de nuevo. Gus sintió frío.

—¿Di… disparo…, capitán? —tartamudeó Fillis.

Gus le contuvo.

Durante unos momentos, largos, agónicos, los ojos permanecieron quietos frente a ellos. Después se movieron.

Gus y Fillis no se pudieron contener. Apretaron varias veces los gatillos de sus pistolas en dirección a la fiera, pero ésta se esfumó apenas hecho el primer disparo. A la luz de los fogonazos, Gus creyó ver un monstruo de pesadilla, pero todo ocurrió tan rápido que unos momentos más tarde, aun temblando de pavor, creyó haber padecido un mal sueño.

No quisieron despertar a las mujeres para no alarmarlas. Gus y

el pistolero permanecieron despiertos toda la noche, y apenas la primera claridad surgió por oriente, corrieron hacia el lugar donde habían divisado la fiera. Apenas lo habían hecho, se miraron, consternados.

En el suelo había numerosas huellas de pisadas, indudablemente debía ser un animal muy pesado, a juzgar por la hondura de sus trazos en el suelo, pero también de alguna especie desconocida para los terrestres, porque las patas de aquella bestia, no terminaban en garras, ni en pezuñas, ni en ninguna clase de extremidad, de las que ellos habían visto en los animales de su planeta.

Ocultando el incidente a las mujeres, pero hondamente preocupados por el mismo, Gus y Fillis desayunaron rápidamente, haciendo de nuevo el equipaje, y comenzando a andar a través de aquel siniestro y grisáceo desierto. Al, joven le pareció hallarse de suerte, cuando, un par de horas más tarde, Aziria lanzó un grito.

—¡Allí, allí está mi refugio! —exclamó, señalando una oscura oquedad en la falda de una blanca roca.

Todos corrieron apresuradamente hacia la cueva, pero apenas les faltaría una docena de metros, cuando algo salió de ella, impidiéndoles la entrada. El grupo, espantado, espeluznante, se detuvo en seco.

—¡Cielos! —exclamó Gus en voz baja—. Parece increíble…, ¡pero es la fiera de anoche, Fillis!

El pistolero no contestó; en su lugar lo hizo la horrenda bestia, cerrando y abriendo sus mandíbulas con siniestros chasquidos.

Por su parte, Fay sollozó de miedo.

—¡Dios mío! ¿Es posible que exista un animal así?

CAPÍTULO VIII



í era posible y, cuando menos en Ceres, existía un animal como el que los asombrados ojos del grupo estaban contemplando, a pesar de resistirse a creerlo.

La bestia era una araña de colosal tamaño, una tarántula como solo la imaginación más ardiente en el delirio de la fiebre se habría atrevido a soñarlo, una araña, en fin, que parecía una visión anticipada del averno.

La fiera mediría al menos dos metros de altura, y sus patas, dotadas de gruesos pelos, ásperos y duros como espinas, tenían las proporciones adecuadas en un bicho de su especie, o sea, que algunas de ellas sobrepasaban los cuatro o cinco metros de longitud, estando terminadas en un par de sólidas tenazas con las cuales sujetaban sus presas. En la cabeza, debajo de los ojos, rojos, fosforescentes aun a la luz de aquel pálido día de Ceres, se veían abrirse y cerrarse convulsivamente las mandíbulas que producían los siniestros chasquidos que Gus y Fillis conocían harto bien.

Durante unos momentos, humanos y fiera se contemplaron fijamente, como estudiándose. La gigantesca araña cruzó de repente sus dos patas delanteras, brotándoselas con un siniestro siseo, idéntico al que Gus y el pistolero oyeran la noche precedente. Un soplo de viento agitó repentinamente la atmósfera, y una oleada hedionda, pestífera, proveniente del cuerpo de la araña, azotó rudamente la pituitaria de cuantos allí se encontraban.

Gus sacó la pistola. Aziria le puso una mano en el brazo.

—Es inútil —dijo—; contra un animal de esta especie sólo serviría una pieza de grueso calibre, pero con proyectil de pólvora. Los proyectiles desintegrantes no le causan el menor daño.

Gus tragó saliva. La enorme tarántula parecía dispuesta a atacar de un momento a otro, y aun a pesar de su tamaño, daba una idea de ligereza y agilidad, contra las cuales no valdrían de nada las piernas humanas. Pero Gus no quiso agotar todas sus posibilidades antes de darse por vencido.

—Aziria y Fay, ustedes échense hacia atrás. Fillis, muévase un poco hacia la izquierda, dispuesto a hacer fuego en cuanto yo se lo indique.

Retrocedieron todos cautelosamente, sin dejar de mirar a la bestia, y ésta dio un par de pasos hacia adelante. De nuevo chasquearon sus mandíbulas. Gus tomó puntería y colocó uno de los ojos en el visor de su pistola.

Apretó el gatillo y un chispazo verdoso surgió al instante en el punto alcanzado. La araña se revolcó un instante sobre sí misma, agitando espantosamente sus patas, y provocando una gran polvareda, pero al cabo de unos momentos se incorporó como si nada la hubiera sucedido. Fillis le largó otra andanada, con idénticos resultados.

Gus empezó a tener miedo. Si la constitución de aquel animal era tan extraña que le permitía resistir impunemente el disparo de una desintegradora, ¿cómo podrían, pues, combatirla, con siquiera unas medianas posibilidades de éxito? Pero, de pronto, se dio cuenta de una cosa.

Los disparos la habían contenido. Era indudable que la araña resultaba invulnerable a las descargas, pero éstas le causaban algunos efectos, entre ellos, acaso el más importante el de provocarle un sano temor a los disparos. Gus la vio vacilante,

indecisa, hasta amedrentada.

Soltó un par de disparos más y dos relámpagos verdes surgieron un instante, en medio de sonoros chasquidos. Fillis le imitó, sin mayor resultado. La araña resistía perfectamente aquel bombardeo, que habría sido capaz de aniquilar una manada entera de elefantes.

—Pero no podemos continuar así —se dijo el joven—. Momento llegará en que la carga de las pistolas se agote, y entonces será la fiera la que pase al ataque. Hay que discurrir, pues, otra solución.

Alzó un poco la voz.

—¡Fillis!

—Diga, capitán.

Voy a ver si ensayo otro método para deshacernos este engendro. Usted siga disparando a intervalos regulares, con el fin de inmovilizarla.

—Está bien; así lo haré, capitán.

Sin dejar de mirar a la fiera, Gus se arrodilló, comenzando a hurgar en el morral de las provisiones. Sacó una pequeña botellita de su interior y luego dijo:

—Ustedes, las mujeres, deberán darme toda la ropa de que disponen. No pierdan tiempo, por el amor de Dios.

Gus se quitó la camisa, al mismo tiempo que volaban hacia él un par de prendas similares. Entonces reparó en algo que hasta entonces había tenido en el olvido.

Sonrió al mirar los cañoncitos ballesta que tenía sujetos a los brazos. Dejando las prendas en el suelo, se puso en pie y, sin vacilación alguna, se aproximó cuanto pudo a la fiera.

Ésta, haciendo crujir ominosamente sus mandíbulas, avanzó hacia él, agitando de modo horripilante sus dos pares de patas delanteras. Gus esquivó un golpe que, a no andar listo, lo hubiera derribado allí mismo, y tras soltar un par de disparos que hicieron retroceder al animal, adelantó el brazo derecho.

Se oyó un leve chasquido. Una varilla de acero partió rauda, yendo a enterrarse profundamente en uno de los ojos del animal, del que brotó al instante una sustancia amarillenta, espesa y hedionda. El rojizo fulgor se desvaneció al momento.

La araña se revolcó en el suelo, dando saltos epilépticos durante unos momentos; después, se inmovilizó, agazapándose como si se dispusiera para el último y desesperado embate.

Gus adivinó las intenciones de la fiera. La tenían acorralada y, en su frenesí, sería capaz de cualquier cosa. Antes de que pudiera moverse, largó la segunda flechilla, con idénticos resultados. El animal quedó cegado y, durante unos momentos, la tierra se estremeció, a impulsos de sus frenéticos saltos.

El joven no perdió el tiempo. Tomando la botellita, vertió parte de su contenido sobre su camisa, prendiéndole luego fuego con un fósforo. Después, levantando el brazo, arrojó la botella con todas sus fuerzas hacia el animal.

El frasco reventó con sordo estallido de vidrios quebrados. Inmediatamente, la camisa ardiendo siguió el mismo camino.

Una ardiente llamarada rebufó en la pesada atmósfera de Ceres. El alcohol contenido en la botella se inflamó, extendiéndose por todo el cuerpo de la araña, la cual, al sentirse quemada, salió de su inmovilidad, echando a correr.

Gus saltó a un lado, evitando el ser atropellado por cuestión de milímetros. Gritó enérgicamente para que las mujeres se apartaran de aquel siniestro bólido rojo que, devorado por el incendio que lo consumía, corría con enorme velocidad, dejando tras sí una hedionda estela. A Gus le pareció que hasta gritaba la araña a causa del dolor, pero no pudo asegurarlo.

En pocos momentos se perdió de vista, tras unas grisáceas dunas del Valle. El campo, al fin, quedó libre, y solamente entonces Gus, con infinitas precauciones, se atrevió a asomarse a la cueva.

Lanzó una exclamación de asombro al ver lo que allí había. Aziria, Fay y el pistolero corrieron hacia él, acompañándole en su estupefacción. Aziria estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó. Todo, todo se ha echado a perder.

Los ojos de Gus recorrieron, consternados, el deprimente espectáculo que tenía ante ellos. Era evidente que Aziria había preparado las cosas para un momento dado, pero todo había sido destrozado por el animal, que había hecho, indudablemente, su guarida en la cueva. Los aparatos transmisores aparecían completamente destrozados, de tal modo que Gus supo al momento que ningún provecho podía obtenerse ya de ello. Y lo mismo sucedía con todo cuanto Aziria había escondido en aquel lugar.

Pero aún había más: un par de blancos esqueletos, enseñando la

mondada limpieza de sus huesos, riendo con sus descarnadas mandíbulas, indicaban, sin ningún género de dudas, cuál había sido el alimento de la araña en los últimos tiempos, Sin duda aquellos infelices habían carecido de armas para defenderse, y habían sucumbido, víctimas de la voracidad de la fiera.

Ahogándose en aquella pestilente atmósfera, Gus salió fuera, mareado, casi incapaz de sostenerse en pie. Fillis no tuvo tanta resistencia y se alejó unos cuantos pasos, apoyando la cabeza en un brazo y éste en la roca, presa de violentas arcadas.

Hubo unos momentos de sombrío y denso silencio. Desalentados por completo, se dejaron caer en el suelo.

—Bien, ¿y qué vamos a hacer? —habló Fay, al cabo de un par de minutos.

Gus miró a Aziria. Ésta trataba de calmar al niño, bastante intranquilo en aquellos momentos.

—Acaso Aziria pueda sugerirnos algo. Yo, francamente, aquí estoy perdido y…

El rostro de la hermosa joven se ensombreció aún más.

—¡Qué podría decir yo! Nunca se me ocurrió contar con la contingencia de la tarántula que me destrozó todos los aparatos de transmisión. Podríamos habernos puesto en contacto con algunos de mis fieles amigos, pero así estamos aislados por completo del mundo.

—¿Hay mucha distancia de aquí a Cereida? —preguntó Gus.

—Está casi al otro lado del planeta.

—Pero esto no será todo desierto, ¿verdad?

Aziria movió la cabeza.

—Cuando menos tenemos cien kilómetros antes de llegar a lugar con mejores condiciones, que no es lo mismo que decir que está habitado.

Gus hizo una mueca.

—No me importa que no haya gente, siempre que el lugar sea acogedor. ¡Cien kilómetros! En el mejor de los casos, y para dos hombres, son tres días de marcha. Con ustedes dos y el niño, son cuatro, cuando no cinco.

De nuevo volvió el silencio sobre ellos. Gus miró el gris desierto, infinito, inacabable, siempre igual en sus monótonas ondulaciones, y en el que la pronunciada curvatura del planetoide no permitía ver

las lejanas montañas que lo encerraban entre sí. El calor era sofocante y la atmósfera, densa, pesada, maloliente.

Se puso en pie de repente.

—¿Qué piensa hacer, capitán?

—Preparar todo para la marcha. No podemos continuar en esta actitud inhibitoria, pues resultaría peor. Nosotros mismos nos condenaríamos a muerte, y yo no tengo vocación de suicida. Aziria, ¿cree usted que habrá agua al final del desierto?

—Estoy segura de ello —contestó firmemente la muchacha.

—Está bien, pues. Fillis, venga conmigo.

Los dos hombres penetraron en la cueva y permanecieron en ella unos minutos, al término de los cuales salieron cargados con agua, y provisiones, de las que Aziria dejara con anterioridad y que habían podido salvarse de los destrozos causados por la tarántula. Alargó la mano y tomó al niño en sus brazos.

—¿Sabe usted orientarse en este desierto, Aziria?

—Por supuesto, capitán Kilroy —fue la firme respuesta de la interpelada.

—Muy bien, pues. Entonces, ¡en marcha!

Hicieron un breve alto a mediodía, durante el cual repararon parcamente sus fuerzas, tomando un ligero sorbo de agua, no escatimándola, en cambio, con el pequeño. Una hora más tarde, reanudaron su camino.

La marcha era fatigosísima. El suelo, en apariencia una costra sólida, se hundía bajo sus pies, dificultándoles notablemente el avance y fatigándoles en extremo. Al llegar la noche, se dejaron caer, exhaustos, completamente agotados, sin fuerzas apenas para hablar.

Pero fue Gus el primero que reaccionó, yendo de uno a otro, ofreciéndoles comida y agua. A Fay tuvo que abrirle casi a la fuerza la boca para que ingiriera su porción de alimentos y apenas los hubo tomado, la doctora cayó en una especie de sopor, del que sólo salía para estremecerse convulsivamente.

El segundo día de marcha fue una tortura de pesadilla para todos. Después del alto a mitad, de camino, Gus tuvo que ir de uno en uno, sacudiéndolos y zarandeándolos para que se levantaran, cosa que consiguió con no pocos esfuerzos. Le estremeció pensar en la madrugada siguiente.

Al tercer día no caminaban ya. Se arrastraban, casi ciegos, sin ver, sofocados por aquella atmósfera, cayendo, levantándose, pero poco a poco ganando unos metros que acaso podrían resultarles preciosos, Y el panorama no cambiaba: siempre era igual, idéntico, espantosamente monótono dentro de su gris igualdad.

Fay se dejó caer de pronto, clavando las uñas en el suelo, sollozante. Gus pasó el niño a Fillis y se arrodilló sobre la muchacha.

—Vamos, vamos, Fay —le dijo—; esto no es nada. Hay que tener un poco de ánimo.

—Lo… lo siento, Gus… pero ya no puedo resistir más. Váyanse… Váyanse y déjenme aquí… Todo me es ya… igual… Estaba condenada y…

—Aún respira —dijo Gus, pasándose la lengua por los labios recubiertos de una espesa costra salina. Desenroscó el tapón de la cantimplora y, cogiendo la cabeza de la joven, vertió unas gotas del precioso líquido entre sus labios agrietados. Fay sorbió con ansia el agua, pero apenas se había humedecido la garganta, Gus cortó el suministro. Ella alargó sus manos histéricamente. Gus denegó.

—Lo siento, Fay. Tenemos que reservar las últimas raciones para el momento final. Ahora, vamos a ver si es capaz de caminar.

La ayudó a levantarse y, pasándola un brazo por el talle, continuó su camino. Unos cincuenta metros más adelante, Fillis y Aziria caminaban muy despacio, dejando ancho rastro de sus pisadas en la extraña arena de aquel singular desierto.

El amanecer del cuarto día les sorprendió sin fuerzas ya para moverse. Gus, trabajosamente, se sentó en el suelo y contempló el cuadro que tenía alrededor suyo. Fillis estaba recostado contra una roca, con la cabeza caída sobre el pecho. Aziria dormía sobre uno de sus brazos, y en cuanto a Fay, con las manos cruzadas sobre el pecho, se agitaba, moviéndose en sueños, en tanto que el niño, despierto, se agitaba y perneaba, jugueteando con la arena.

Penosamente hizo el joven un recuento de sus existencias de agua. Se quedó aterrado. No tenían más que una cantimplora, y aun en ésta apenas si llegaba al litro lo que contenía. La agitó maquinalmente.

Karin emitió unos infantiles gorgoteos y le sonrió. Gus le correspondió, y vertió en un vasito unas gotas que dio a beber al

niño. Luego hizo lo propio con Fay, sacudiéndola violentamente hasta conseguir que se despertara, y con Aziria y Fillis. Al terminar, las existencias de agua habían disminuido a la mitad.

El día que siguió fue un infierno. Gus calculó que no llegarían a los doce kilómetros los recorridos en casi otras tantas horas de penosísima marcha, y se dijo que, si veinticuatro horas más tarde no habían hallado el agua, podrían ya considerarse como cadáveres.

A la mañana siguiente consiguió incorporarse, haciendo un enorme esfuerzo sobre sí mismo. Se puso en pie y oteó el terreno. De pronto, su cuerpo se puso rígido.

Parpadeó varias veces antes de convencerse de que lo que estaba viendo no era un sueño. A poca distancia del lugar en que se hallaban, se veía una mancha verde, con algunos árboles ondulando graciosamente en la brisa del amanecer. «¿Cómo no los vimos anoche?», se preguntó, estupefacto, el joven, achacándolo, sin duda, al cansancio que padecían.

Despertó a gritos a todo el mundo. Los sacudió, los increpó, hasta llegó a insultar a las mujeres, todo ello con el fin de hacerlas reaccionar, y al fin, lo consiguió. La visión de la mancha verde los reanimó y, sollozando y gritando de modo histérico, corrieron, tropezando en numerosas ocasiones, hacia aquel lugar de salvación.

Aquel oasis resultaba un regalo para la vista después de todas las penalidades sufridas. De un grupo de rocas brotaba un grueso chorro de agua que caía sobre un limpísimo estanque, el cual debía tener algún desagüe subterráneo, puesto que no se le veía aumentar de volumen, y cuyo estanque vendría a tener unos seis u ocho metros de anchura.

Fillis no se pudo contener y se arrojó de bruces al borde del estanque, bebiendo ansiosamente. Aziria, con los ojos desencajados, le imitó al instante. Fay se portó un poco mejor: tomó una de las cantimploras y la llenó, bebiendo luego larga y pausadamente.

Unos minutos más tarde, ya se habían dado como olvidadas las penalidades sufridas. Todos charlaban alegremente, haciendo planes para el porvenir, pero antes de hacer nada, fue la propia Fay la que sugirió la conveniencia de cuidar del aseo personal. Se acordó que las mujeres tomaran primero su baño, en tanto que los hombres se retiraban a prudente distancia, quedándose ellas con Karin, y así se iba a hacer, cuando, de, pronto, alguien gritó agudamente.

Todos volvieron la vista hacia el lugar señalado por la doctora. Una nave descendía raudamente sobre aquel lugar, arrojando chorros de fuego por sus toberas. Gus soltó una orden:

—¡Las pistolas, Fillis!

La nave tomó tierra a corta distancia de los árboles. Una escotilla se abrió y unos hombres armados corrieron hacia ellos. Gus decidió aguardar unos momentos hasta saber sus intenciones, pero sus ojos se dilataron enormemente al reconocer a aquellos individuos.

¡Eran los miembros ele la tripulación de la «Anfitrite»!

CAPÍTULO IX



ester Fillis soltó una interjección.

—¡Diablos! Pero si son… Albano… y Ogeanu y Hanson y Boris Omaniev.

Los cuatro hombres mencionados corrían hacia el oasis, pero al llegar a corta distancia de éste se detuvieron antes de seguir caminando, celebraron un breve conciliábulo entre sí.

Ogeanu fue el primero en destacarse, avanzando con notorias precauciones. Se detuvo a dos pasos de Gus.

—Capitán —dijo—, necesitamos hablar con usted ahora mismo.

El joven meditó la respuesta.

—¿Y bien? ¿A qué espera, Ogeanu? Puede hacerlo tranquilamente delante de las señoras; son de toda confianza.

—La doctora puede que sí, capitán; a ella la conocemos. Pero no nos sucede lo mismo con la otra.

—La garantizo yo y basta, Ogeanu. Veamos, ¿de qué se trata?

—Tenemos un hombre herido a bordo, capitán, Roger Corsimac, y parece que, ésta en las últimas.

Fay, al oír esas palabras, se adelantó.

—Iré a ver de qué se trata —sugirió.

Pero Gus extendió el brazo.

—Después de lo ocurrido —dijo, ceñudo—, no me fió un pelo de estos sinvergüenzas, puede tratarse de una encerrona, ¿sabe?

—¡Le juro que no, capitán! —protestó acaloradamente Ogeanu —. Es la pura verdad lo que le estoy diciendo.

—No parece que esté mintiendo —murmuró Fay, mas el joven continuó en sus trece.

—De todas formas, necesito algo más qué unas simples palabras para convencerme. Por ejemplo, aquí sólo están cuatro, y contando a Corsimac, cinco, falta uno, Nikita Omaniev. ¿Qué ha sido de él? ¿Y los hombres del capitán McGinnis?

Una mueca de rabia apareció en el rostro de Ogeanu.

—No se lo querrá creer, capitán, pero fueron ellos los que, apoderándose de la «Anfitrite» cuando ustedes saltaron a tierra en Eros, les dejaron plantados. Nos dominaron por sorpresa, y ¿qué podíamos hacer nosotros?

—Y ahora ¿dónde están esos pillos?

Ogeanu suspiró melancólicamente.

—Les devolvimos la pelota en la primera ocasión favorable que se nos presentó, capitán.

—¿Dónde están ahora?

El rumano se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? No quisimos exponernos a un segundo golpe de mano y los hicimos saltar por la borda. Pero la cosa no nos salió muy barata, capitán: Nikita Omaniev murió en la pelea.

Gus se mordió los labios en tanto meditaba sobre el asunto. Al fin tomó una decisión.

—Está bien dijo —traigan aquí a Corsimac, y entonces yo revisaré la nave para ver que es verdad cuanto han dicho.

Ogeanu asintió, y volvió donde estaban sus compañeros. Charló unos momentos con ellos, y luego se dirigieron hacía la nave, de la que salieron unos minutos más tarde, trayendo en una litera desarmada el inerte cuerpo de Roger Corsimac. Lo depositaron en el suelo y Fay, profesionalmente, se olvidó de todo.

Entre tanto, Gus, con las debidas precauciones se introdujo en la nave, recorriéndola de punta a cabo, sin dejar detalle, comprobando que, al menos en lo de estar solos, Ogeanu no le había mentido.

Pero se sintió hondamente preocupado al darse cuenta de que aquélla no era la «Anfitrite» sino una mucho más pequeña.

Se encaminó rectamente hacia el rumano.

—¿Qué fue de la «Anfitrite»? —le preguntó.

—Tuvimos que abandonarla, capitán. Nos sorprendió una nave, de Ceres y fingimos rendirnos. Entonces matamos a todos sus tripulantes y nos apoderamos de su patrullera, para así pasar mejor inadvertidos. Luego volaremos sobre el asteroide, en busca de algún lugar donde poder curar a Corsimac, y vimos desde el aire este oasis. Pero nunca supusimos hallarles a ustedes aquí. ¡Diablos, sí que fue casualidad!

Gus estudió el relato de Ogeanu y, a su pesar, no quedó muy convencido de cuanto había escuchado. Pero, al menos en apariencia, aparentó estar conforme y agradeció el cigarrillo que le ofrecía el rumano.

Una hora más tarde, Fay declaró haber hecho cuanto estaba en su mano por curar a Corsimac.

—Con los medios de que dispongo —declaró—, me es imposible hacer nada más.

—Si pudiésemos llegar a Cereida sin ser vistos —sugirió Aziria —, entonces yo tengo amigos que nos, proporcionarían todo cuanto se necesitase.

Gus hizo un rápido cálculo de los que allí se encontraban. Siete hombres, dos mujeres y un niño, uno de los primeros imposibilitado de caminar por su propio pie, no era cosa que pudiese pasar inadvertida con facilidad. Pero entonces sus ojos se tropezaron con la mirada de Fay, y, hallando en ella una singular expresión, se apartó a un lado con disimulo, entendiendo perfectamente lo que la muchacha había querido decirle con su silenciosa apelación.

Fay se le acercó unos minutos más tarde. Habló en voz baja, pero con postura perfectamente natural.

—Gus, esto que aquí está ocurriendo no me gusta nada.

—Tampoco a mí, Fay. ¿Qué es lo que ha podido ver usted?

—Las heridas de Corsimac. Son graves, pero…

El joven la miró inquisitivamente.

—¿De qué se trata?

—No sé cómo explicárselo, pero no son las heridas que se recibirían en una lucha normal, Gus. Aquí, exceptuándole a usted, y ya no puede hacerlo, porque gastó sus dos flechas en la tarántula gigante, todos los demás utilizan pistolas desintegrantes. Por lo tanto no hay heridos, sino muertos. ¿Quién hirió a Corsimac?

Gus se frotó la mandíbula.

—Sí que es un enigma —dijo—, que me gustaría averiguar. Y lo voy a hacer ahora mismo. ¡Ogeanu!

—Llamó en voz alta.

El rumano acudió al instante.

—¿Qué ocurre, capitán?

—¿Quién hirió a Corsimac?

—Ya se lo dije, capitán; al asaltar la patrullera…

La mano izquierda de Gus se disparó de pronto, asiendo al piloto por el cuello.

—¡No diga embustes, Ogeanu! Corsimac tenía que estar indemne o convertido en humo. Vamos, embustero, suelte lo que sepa.

—¡Le juro que…!

Gus decidió tirarse un farol. Alargó su brazo derecho, poniéndolo, a corta distancia del pecho del rumano. Éste palideció al comprender.

—Ogeanu, le doy un minuto exacto de tiempo para que me diga exactamente la verdad. Después soltaré el muelle, ¿me ha entendido?

La frente del piloto se cubrió de gruesas gotas de sudor. Palideció hasta que su rostro adquirió un sucio color terroso.

—No sé nada, capitán. Le juro que…

—¡Veinte segundos! —exclamó Gus, implacable.

Ogeanu tembló visiblemente. Sus dientes entrechocaron ruidosamente.

De pronto, Gus notó que algo duro se le apoyaba en los riñones. Al mismo tiempo sonó un grito de advertencia de Fay, pero éste llegó demasiado tarde. La presión de la pistola aumentó llegando a hacerse dolorosa.

—Deje a Ogeanu libre, «Bronco», si quiere seguir viviendo —oyó a sus espaldas la sinuosa voz de Omaniev.

—¿Qué es lo que pretende, Omaniev? —preguntó Gus—. ¿No

están hartos de, cometer felonía tras felonía?

—Lo único que queremos es hacemos con el millón de «garants» que dan por su cabeza, capitán —contestó el ruso—. Todo lo demás es música y cuentos de hadas.

El joven inspiró profundamente. Alzó las manos y luego, obrando con la rapidez del rayo, se volvió, golpeando con el codo la pistola que sostenía Omaniev.

Éste lanzó un rugido de ira, al darse cuenta de las intenciones del capitán, pero, era ya tarde. El puño de Gus le golpeó durísimamente en la mandíbula, arrancándolo del suelo y proyectándolo un par de metros más allá, tan inconsciente como un leño. La pistola pasó a poder del joven en un santiamén.

—¡Todo el mundo las manos en alto! —gritó, decidido ya a obrar sin contemplaciones.

Quedó levemente inclinado, moviendo la pistola en abanico. La escena había sucedido con tanta rapidez, que, cuando los demás forajidos quisieron reaccionar ya era tarde.

—Así está mejor —dijo Gus. Luego, sin separar la vista de sus enemigos, ordenó—: Aziria, véngase aquí con el chico.

La joven obedeció al instante. Después Gus hizo otra pregunta.

—Fillis, dígame, ¿de qué bando se inclina usted? Hable con sinceridad; de lo contrario tendrá que lamentarlo.

El pistolero se encogió de hombros, explicando con flema:

—Me gusta estar siempre al lado de los que ganan, capitán, y a usted no hay rayo que lo parta, de modo que…

—Está bien. Entonces desarme a estos granujas y dispare sin miedo caso de que se muevan más de lo preciso.

—De acuerdo, jefe —repuso Fillis, haciendo lo que le decían.

Cuando concluyó, Gus le ordenó reunir en un grupo a todos sus excompañeros y vigilarlos atentamente. Entonces él se dirigió hacia el herido y lo arrodilló a su lado.

—Corsimac, ¿está en situación de contestar a unas cuantas preguntas?

—Sí…, capitán. Hable…

—¿Quién y por qué le ha herido?

—Fueron esos…, esos canallas, capitán… Desde que les abandonamos en Eros, de acuerdo con los hombres de McGinnis, las discusiones, y peleas han sido cosa corriente de todos los días…

Matamos… a los de McGinnis, y ellos mataron, a su vez, a Omaniev… Asaltamos la patrullera… y entonces nos enteramos de que su cabeza había sido puesta a precio… Ellos quisieron aprehenderle…, para salvar el pellejo… Yo me opuse… y me hirieron, capitán… No me quisieron matar…, para que yo les sirviera de cebo…

Gus se puso en pie, mirando sombríamente al grupo de prisioneros, quienes, cabizbajos, aguardaban su suerte bajo un grupo de rocas.

Gus vaciló unos momentos. Por un instante pensó en abandonarlos allí a su suerte, llevándose únicamente a Corsimac, cuya fidelidad le había resultado totalmente insospechada.

—¿Por qué lo hizo, Corsimac? —le preguntó.

El herido sonrió.

—Supongo que… por espíritu del Cuerpo…, capitán… A fin de cuentas… no se puede olvidar en unas semanas… lo que uno ha sido durante… veinticinco años…

—Tiene razón —murmuró Gus, sombríamente.

Volvió a mirar a los prisioneros, y en aquel momento un agudísimo alarido hendió el aire.

—¡Miren! ¡Tarántulas! ¡A docenas! ¡Y vienen a por nosotros!

Gus se frotó los ojos, no creyendo lo que estaba viendo. A unos doscientos metros de distancia se divisaba una manada de aquellas monstruosas arañas galopando desenfrenadamente hacia ellos, haciendo chasquear sonoramente sus mandíbulas con un tableteo infernal, multiplicado por lo menos cincuenta veces el número de bestias que corrían hacia el oasis.

La reacción de Gus no se hizo esperar.

—¡Todo el mundo a la nave! Masculló. —¡Fillis, ayúdeme a llevar a Corsimac!

Los dos hombres se inclinaron sobre el herido, en tanto que los demás corrían precipitadamente hacia la nave. Pero Corsimac pesaba demasiado y les retrasaba su huida. Fillis, despavorido, le soltó y huyó a todo correr.

Gus soltó un reniego de ira. Corsimac trató de desasirse de sus brazos.

—Déjeme, capitán… Sálvese usted por lo menos… y lleve a buen fin su misión… Yo… yo ya no sirvo para nada…, y si se

queda… moriremos los… los dos… ¡Sálvese, capitán!

A cada segundo que transcurría las tarántulas estaban más próximas. El tableteo de sus mandíbulas resultaba ya ensordecedor. Frenético, Gus tiró del voluminoso corpachón de Corsimac, sin conseguirlo mover más allá de media docena de metros.

Se volvió y soltó unas cuantas descargas que detuvieron un poco a los animales de las primeras filas. Una insoportable bofetada de nauseabundo olor le golpeó el rostro.

Pero tras las primeras filas había otras que no habían sufrido los efectos de las descargas desintegrantes, y que empujaron a las anteriores. La hedionda manada reanudó su marcha.

—¡Déjeme, déjeme, Kilroy! ¡Sálvese usted al menos! —volvió a gritar el herido.

Por encima del rechinante ruido de las mandíbulas. Gus oyó los frenéticos alaridos de Fay, llamándole.

Gus se convenció, al fin, de que no podía hacer otra cosa que salvarse el mismo. Sangrándole el corazón, se vio obligado a abandonar al desdichado Corsimac, y corrió como un desesperado, sintiendo en sus espaldas el halito ardiente de las repugnantes fieras.

Las patas de éstas golpearon en vano la escotilla cuando alguien la cerró en el último momento. La nave se elevó rugiendo, arrojando fuego por sus toberas y abrasando a alguno de aquellos animales. El joven se vio derribado al suelo por la violencia de la súbita arrancada.

Asomándose a un ojo de buey pudo ver un horrible remolino de patas, en el rugar en donde había estado Corsimac. Las arañas lucharon y se peleaban entre sí ferozmente, disputándose la presa humana, y Gus sintió que una intensa nausea le volvía el estómago al revés.

Pero todavía no habían terminado las incidencias de aquel aciago día. Apenas si se habrían elevado un millar de metros de altura, apenas si el oasis se había convertido en una mancha verde dentro de la general blancura del paisaje, cuando, surgiendo como inesperados fantasmas, una docena de naves aparecieron en el cielo, rodeando a la patrullera e intimándola a la rendición.

Gus buscó desesperado un modo de salir de aquel atasco, pero no lo consiguió. Se trataba de una nave sola contra una docena

cuando menos, todas ellas fuertemente armadas, y, pese, a sus deseos, se vio obligado a darse por vencido.

Fay se le aproximó, intentando consolarlo.

—No se preocupe, capitán. Usted puso de su parte cuanto era preciso para llevar a cabo su misión.

—Gracias, Fay —murmuró el joven sombríamente, sumido en su desesperación.

Rodeándola en un fuerte cerco de fuego, las patrulleras condujeron a la nave a la capital de Ceres, a la que llegaron en cosa de una hora. Aterrizaron en el astropuerto.

Gus fue el primero en asomarse a la escotilla. Se quedó en ella de pie, contemplando con íntima desesperanza la doble fila de guardias armados con fusil desintegrante que les flanqueaban el camino hasta los coches que ya les aguardaban.

—No nos queda otro remedio que salir, Gus —dijo Aziria a sus espaldas, y el joven asintió.

Ofreció la mano a la joven, la cual no había abandonado el niño un solo momento.

Atravesaron las calles de la ciudad a gran velocidad, precedidos del lúgubre alarido de las sirenas. A Gus le parecía mentira que tan sólo un par de horas antes se había creído ya con el triunfo en la mano, y ahora, en cambio, estaba en los comienzos de la más completa derrota.

El coche, en que él y las mujeres viajaban se detuvo delante de una imponente construcción, sólidamente rodeada por numerosos guardias, y en la cual adivinó el palacio donde residía el Gran Khan. Al bajar del coche, una cosa le extrañó enormemente: la guardia presentó armas, rindiéndole honores.

«Es la última cortesía del vencedor para con el vencido», se dijo, echando a andar. Un oficial de elevada graduación, a juzgar por sus insignias, les precedía, guiándolos.

La columna de prisioneros, fuertemente escoltada, atravesó numerosos salones y corredores, ascendiendo varias escalinatas, hasta que al fin los dos guardias que había ante una puerta enorme la abrieron con simultáneo gesto. Un grandísimo salón quedó ante su vista.

Había muy poca gente en el interior de la colosal estancia, en cuyo fondo se veían las gradas de un sencillo pero imponente trono,

en el que, a pesar de todo, no escaseaba el lujo. Un hombre de elevada presencia se hallaba allí, de pie, viéndolos avanzar, con una débil sonrisa de satisfacción en sus labios, y Gus se dijo que el Usurpador del Gran Khanato podría ser lo que quisiera, pero que por lo menos presencia de gobernante sí la tenía.

Llegaron al pie de las gradas. Entonces el Gran Khan, Tsalisvar, se adelantó unos pasos, descendiendo unos cuantos peldaños. Alargó los brazos, y entonces, de modo harto súbito, Gus tuvo la explicación de por qué los guardias les habían rendido honores.

—¡Aziria, querida esposa! ¿Te encuentras bien?

CAPÍTULO X


as palabras del Gran Khan fueron una revelación para Gus. Fueron como un brillante, deslumbrador chispazo de fuego en el interior de sus sombríos pensamientos. En un instante lo comprendió todo o, al menos, le pareció haberlo comprendido.

Aziria soltó un grito de, alegría y se precipitó en los brazos del Gran Khan.

—¡Tsalisvar, esposo mío! —Y los dos se abrazaron y besaron apasionadamente.

Pero las efusiones del matrimonio duraron muy poco.

Aziria se colocó a la derecha del Gran Khan, mirando desafiante a Gus y a sus compañeros. Fay no pudo contener una risita, que hirió al joven más profundamente aún que la enorme decepción que acababa de sufrir.

—Como ves, capitán Kilroy, la victoria se ha decantado, inevitablemente, del que más hábil ha sabido ser en todo momento.

Es una lástima, capitán; tú podrías hacer un buen papel en mi guardia.

Pero también eres un hombre demasiado listo, y a mí no me convienen tales personas en torno mío.

—Gran Khan repuso Gus pausadamente —me elogias en demasía. Demasiado tonto es el apelativo más correcto en mi caso. Un hombre medianamente listo, sin ninguna clase de excepción, habría triunfado plenamente allí donde yo fracasé lastimosamente.

—Te estás menospreciando, capitán Kilroy. No todos hubieran sabido obrar como tú cuando envié al capitán McGinnis a convencerte de que te unieras a él para la guerra de corso. He de confesarte que tu reacción, matándolo sin apenas darle tiempo a hablar, me sorprendió notablemente. ¿Cómo sospechaste de él?

—McGinnis era un lobo solitario, Gran Kan; no tenía por costumbre ponerse al servicio de nadie que no fuera él mismo. Por lo tanto, conociéndole como le conocía, a la fuerza había de sospechar de sus proposiciones.

—Debí haber pensado que antes perteneciste a la policía, capitán Kilroy, y que eras uno de sus mejores sabuesos. No obstante, reconocerás conmigo que Aziria logró engañarte de medio a medio.

—Y embaucarle con sus lindos ojos —masculló entre dientes Fay, pero de modo que todo el mundo pudo oírla.

Tsalisvar rió complacido.

—Capitán, eres un hombre afortunado al poseer el cariño de mujer tan excepcional como la doctora Hill. Si, realmente eres un hombre de suerte.

—¡Yo no he dicho que lo ame! —estalló Fay, muy irritada.

—Doctora Hill, no es necesario que proclame su cariño con tantos gritos. Nos hacemos cargo de sus sentimientos y desde luego el capitán es hombre que merece el amor de la mujer más bella del mundo. Lo malo es —suspiró el Gran Khan melancólicamente— que no va a poder disfrutarlo.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —inquirió el joven capitán.

Tsalisvar lo miró de soslayo.

—¿Qué crees que puedo hacer con unos agentes de la Federación, capitán Kilroy? No me queda, más que una solución, y ya puedes figurártela tú mismo, sin necesidad de más palabras.

Gus movió la cabeza afirmativamente.

—Por supuesto. Correremos la misma suerte que le espera al niño. Lo que no comprendo es cómo tu esposa ha sido capaz de correr tantos riesgos por Karin.

—Cualquiera, en su caso, habría hecho lo mismo, capitán Kilroy.

—Por lo menos, no puede negarse que es una buena comediante, Gran Khan. Logró engañarnos por completo con el cuento del chico.

Tsalisvar se echó a reír una vez más.

—Sí, Aziria tiene una excelente imaginación. Pero aquello que hizo no es lo que tú supones, sino una cosa en parte accidental. Cuando la «Anfitrite» os dejó abandonados en Eros el «Hércules» salió en su persecución, apresando a su tripulación, la cual, por cierto, logró escaparse más tarde, aunque posteriormente volvió a ser capturada. Pero no nos desviemos de nuestra ruta.

»Karin, no es preciso que lo diga, es un peligro para Aziria y para mí. Yo no puedo moverme de Cereida, porque, si lo hiciera, sería suplantado rápidamente. Por lo tanto, al desaparecer Karin, raptado por sus fieles partidarios, envié a Aziria en su busca. Aziria lo halló, y en el intervalo ocurrió lo vuestro. Como estábamos en constante comunicación, acordamos llevar a la práctica un plan para engañarte y, como recordarás, merced a las dotes de actriz de mi esposa, salió bastante bien. Pero nunca supusimos que tú fueras tan hábil como para sortear todos los peligros y escabulliría de nuestra persecución. Ni tampoco te supusimos tan loco como para enfrentarte a una de nuestras naves con Aziria y el niño a bordo. Si hubiera muerto por tu culpa, capitán Kilroy, no te lo hubiera perdonado jamás.

Gus se encogió de hombros.

—Lo mismo me da; en todo caso, el resultado habría sido el mismo. Ahora comprendo su insistencia en llevarnos al Valle Blanco. No podía acercarse a Cereida sin despertar nuestras sospechas.

—Exacto —respondió Tsalisvar con una sonrisa de triunfo—. Desde allí habría llamado a sus «amigos», y éstos, es decir, nosotros habríamos acudido.

—Muy inteligente el plan —replicó Gus—. Lo malo es que me parece demasiado trabajo para un solo hombre. Y a última, hora aún tuviste que recurrir a esa pandilla de traidores para tratar de

aprehendernos.

Tsalisvar hizo una mueca de desprecio.

—Son unos traidores a todos y a todo, y me fue fácil comprarlos.

—Hubo uno que no lo fue, Gran Khan —replicó Gus, pensando en el desgraciado Corsimac.

Se dijo que, a poco que pudiera, les haría pagar cara la muerte del ex teniente coronel. Tsalisvar se encogió de hombros.

—Bien, ahora ya está todo terminado. La Federación se dará cuenta de es completamente inútil enviar gente contra mí, para derrocarme, porque… dentro de muy poco YO SERÉ LA FEDERACIÓN.

Gus miró al Gran Khan, estupefacto. Éste sonrió, condescendiente.

—No, no estoy loco, capitán Kilroy. Ni mucho menos. Cuando lo digo, es porque poseo una base para ello. Puedo dominar la Federación a mi antojo, y lo haré.

—¿Cómo? ¿De qué manera? ¿Acaso con octavillas y panfletos?

Tsalisvar meneó lentamente la cabeza.

—Nada de eso, capitán Kilroy. ¿Has oído hablar de la energía pura?

Gus lo miró horrorizado, empezando a comprender. Tsalisvar se regodeó con el evidente espanto del joven.

—Todos estos ataques que se realizaban contra las espaciolíneas y en los cuales eran saqueadas las astronaves han cesado ya, porque en realidad, no me son necesarios. Antes precisaba de materiales estratégicos, con objeto de que mis hombres de ciencia pudieran llevar a cabo sus experimentos. Afortunadamente ya están concluidos, y puedo decir que, en estos momentos, soy el único y afortunado, por supuesto, poseedor de la bomba de «energía pura».

Gus abrió la boca, incapaz de expresar con palabras el asombro que sentía. Tsalisvar, siempre riendo, continuó:

—Sí, mis sabios desentrañaron ya, por fin, el secretó de la energía pura. Ahora no necesitaré uranio ni tritio para ninguna de mis bombas. Lo mismo puedo echarles un pedazo de madera que de mármol; estallarán lo mismo, y con efectos infinitamente más devastadores. Un kilo de cualquier materia desarrolla la misma energía que tres mil millones de kilos de carbón al arder, y produciría, veinticinco mil millones de kilowatios-hora. Ahora bien, capitán Kilroy, ¿qué ocurriría si toda esta energía se liberara de una

sola vez, en forma instantánea?

Gus sintió que los cabellos le erizaban. Le pareció que soñaba al oír la voz de Tsalisvar al proseguir:

—Para empezar puede que destruya la Luna de un solo golpe, o acaso dejaré un inmenso hueco en el lugar que ocupa ahora toda la América del Norte. ¿Quién sabe por dónde empezaré, si esos señores de la Federación no se avienen a razones? Me bastará una sola bomba para hacerles ir por donde yo quiera, capitán Kilroy…, pero en todo caso «¡tú no lo veras, porque antes habrás muerto!».

Gus se enderezó.

—Acaso, como dices, sea preferible no verlo, Gran Khan. De todas formas, no estés muy seguro de ello. Todavía tienes que…

—¡Basta! —le interrumpió Tsalisvar—. Hemos terminado. Oficial, llévese a los detenidos; más tarde les haré saber lo que he decidido acerca de ellos. Mejor dicho… —sonrió cruelmente Tsalisvar—, la clase de muerte que pienso aplicarles. He de buscar algo que nos divierta, ¿no te parece, Aziria?

La mujer ronroneó como una gata, arrimándose a aquel loco.

—Sea lo que sea —murmuró—, no podrá, ser menos de algo excepcional, por haber brotado de tu mente, Tsalisvar.

A Gus se le encogió el estómago a causa de las náuseas que le provocó la adulación de la mujer, pero no tuvo tiempo para hablar, porque unos guardias, tomándole rudamente, le empujaron fuera del salón.

Perdieron altura en tanto iban camino de la ergástula. Mientras tanto caminaban, la mente de Gus no cesaba de funcionar, tratando, aunque en vano, de hallar una solución para evadirse de aquel lugar. Pero sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Fay.

—Capitán, tengo que pedirle perdón.

Gus, sorprendido, se volvió.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué ha de excusarse muchacha?

La doctora enrojeció vivamente.

—En cierta ocasión le taché de sanguinario asesino, ¿no lo recuerda? Ahora veo que todas aquellas muertes de los piratas fueron necesarias, Gus.

—¡Bah! —rió el joven—. ¿Eso es lo que la preocupa?

—Debe perdonarme, Gus, se lo suplico. En aquellos momentos,

yo no sabía…

—Está bien, démoslo por perdonado, Fay. Ahora es usted la que debe disculparme a mí por haber llevado tan mal el asunto. Pensar que, si no hubiera sido por mi estupidez al fiarme de Aziria, acaso todo estuviera ya solucionado satisfactoriamente… Pero es inútil lamentarse por lo que ya ha pasado, Fay; ahora lo que interesa es el presente, y éste no puede ser más sombrío.

La joven asintió, enmudeciendo. Los ojos de Gus se fijaban, grabándose en su memoria, en todos los detalles de cuanto encontraban al paso. Unos minutos más tarde enfilaron un anchuroso corredor, en el que de pronto, se abrió una enorme puerta. Los ojos de Gus se dilataron al ver lo que había en aquella espaciosa habitación.

Tomó la mano de Fay, apretándosela nerviosamente. Ella le miró a los ojos, dándose cuenta de que el joven estaba dispuesto a iniciar alguna inesperada acción, Fay se preparó, pues, para ayudarle.

La cosa ocurrió tan rápida, que cuando los desprevenidos soldados de la guardia quisieron darse cuenta, ya Gus había derribado a uno de ellos y tomándole el arma.

—¡Adentro, Fay! —la gritó, frenético—. ¡Es nuestra única salvación!

La muchacha obedeció presurosa, En el escándalo que se originó a continuación, Lester Fillis no se estuvo quieto; desarmó también al soldado que tenía más cerca y saltó una mortífera ráfaga desintegradora, que barrió literalmente a la guardia. Fillis se quedó tan tranquilo cuando sus proyectiles convirtieron en humo a Hanson y a Ogeanu.

El hombre que, había abierto la puerca abrió también la boca, pero ésta fue de pavor, al sentirse amenazado por sendos fusiles desintegradores. Gus se fijó en un botón que había junto al marco y, sin vacilar, lo oprimió. La puerta comenzó a girar lenta y silenciosamente.

Un par de soldados se pusieron frente a él, amenazándole con sus fusiles, pero entonces se oyó la espeluznada voz del oficial que gritaba:

—¡Alto! ¡Alto, imbéciles, o volaremos todos!

Gus sonrió. Su plan, loco, desesperado, había llegado a buen fin, precisamente por la sorpresa. Con seco chasquido, la puerta se

cerró, dejándolos aislados en el interior del almacén de bombas de energía de Tsalisvar.

Apenas hubo sucedido tal cosa, Gus se volvió hacia el aterrorizado hombre de ciencia que había quedado atrapado en la trampa.

—¿Cuántos estáis aquí? —le preguntó.

—Na… nadie… más que yo solo… —balbució el infeliz, temiendo a cada segundo que transcurría verse convertido en humo.

Gus soltó una maldición.

—¿Cómo habrá podido ser tan descuidado el Gran Khan de dejar esto abandonado?

—Es que… —respondió el aterrado científico— no quería a nadie en este lugar, salvo a nosotros. Confiaba, y con razón, en la solidez de la puerta.

Gus la contempló con ojo crítico. En efecto, aquel pesadísimo muro de acero parecía inexpugnable, y detrás él estaban tan seguros como si hubieran hallado a un millón de kilómetros de distancia. Pero no perdió mucho tiempo en la contemplación.

—Fillis —ordenó—, vigíleme usted a este tipo y cuide de que no se mueva para nada.

—Descuide, capitán. ¡Tú, siéntate ahí y deja de chocar las rodillas! Total, si morimos, no vas a tener tiempo de enterarte de nada…

En tanto que el curtido pistolero se divertía infundiendo pavor al desgraciado sabio, Gus se aproximó a uno de aquellos artefactos, un cilindro como de un metro de grosor por unos cuatro o cinco de longitud.

—Para ser tan terribles como dice Tsalisvar, no parecen muy grandes —comentó el joven, y Fay asintió.

Gus palmeó el enorme cilindro examinándolo, pero de pronto, una voz sonó con estridentes ecos dentro de la estancia.

—¡Capitán Kilroy!

Éste y Fay se volvieron, asombrados. Pero muy pronto descubrieron que Tsalisvar les estaba hablando a través de un altoparlante disimulado en la pared.

—Capitán Kilroy, déjese de tonterías y entréguese —lo conminó el Gran Khan.

Gus se echó a reír.

—¿Qué le ocurre, pillo? ¿Ahora tiene miedo?

Se oyó una maldición. Tsalisvar volvió a hablar.

—Kilroy, salga de ahí y deje mis bombas en paz. Le prometo inmunidad absoluta para usted y sus compañeros. ¿Me ha oído?

—Si, Tsalisvar. Le he oído y sé que el granuja mayor de todos los tiempos esta sudando de miedo de pies a cabeza. No, no quiero entregarme, Tsalisvar; por el contrario, es usted el que debe rendirse. ¡Y se lo ordeno en nombre de la Federación!

—¡No diga tonterías, Kilroy! ¿Yo… entregarme? ¿Está chiflado?

Antes de contestar, Gus examinó la pared. Vio en ella varios circuitos y dedujo, que eran sendos objetivos de televisión. Alzó la vos.

—¡Tsalisvar!

—Diga, Kilroy.

—¿Me está viendo en la pantalla?

—Sí, ¡maldita sea su estampa!

—¿Qué? ¿Hasta aquí llegan las palabrotas terrestres? Tsalisvar, usted me defrauda; le creía persona más educada.

Un nuevo chorro de maldiciones surgió por el altoparlante. Gus rió silenciosamente.

—Le conviene taparse los oídos, Fay —murmuró.

Y se dedicó a hurgar por todas partes hasta que al fin encontró tres sencillas herramientas: unos alicates, un martillo y un destornillador. Con ellas: en la mano volvió junto al cilindro y manipuló unos instantes en él.

—O yo no entiendo nada de bombas, o esta conversión de la materia en energía pura no puede, hacerse sin un cebo nuclear… —Y forcejeó con uno de los tornillos de la tapa—. ¡Ah, al fin! —exclamó, todo satisfecho, echando a un lado un enorme pedazo de plancha curvada.

El mortífero mecanismo de la bomba quedó al descubierto. Tsalisvar lanzó un aullido al darse, cuenta de las intenciones del joven.

—¡Kilroy! ¡Deje eso, por el amor de Dios! ¡Vamos a volar todos en pedazos!

—¡Cuánto se sobreestima usted, mi querido Gran Khan! ¿Acaso se cree que después de que estalle la bomba va a quedar algún pedacito de su cochino cuerpo? —Y se volvió, inclinándose de

nuevo sobre el mecanismo, estudiando con atención los circuitos.

Tsalisvar ladro y suplicó, pero todo fue en vano.

La puerta era demasiado sólida para que no pudiera echarla abajo sin un potente explosivo, y no podía osar tamaña empresa so pena de provocar la voladura de todo aquel almacén de bombas energéticas, capaces cada una de ellas de hacer desaparecer de un soplo todo el planetoide.

Unos minutos más tarde, Gus se levantó y tomó el fusil desintegrante de manos de Fay. Encaró directamente la boca del cañón hacia el mecanismo de disparo.

—¡Tsalisvar! —llamó.

—¿Qué hay, Kilroy?

—Le doy cinco minutos para que se entregue. Pasado ese plazo, dispararé sobre el mecanismo de la bomba. ¿Sabe, usted lo que ocurrirá entonces?

Se oyó un apagado gruñido. Luego el rumor de una ininteligible discusión llegó hasta sus oídos. Una mujer gritó sofocadamente, tras el claro chasquido de una bofetada, y Gus se refociló en aquella especie de poética venganza, que le dejaba en paz con Aziria. Al fin, Tsalisvar habló de nuevo:

—Conformes, Kilroy. Abra la puerta; me voy a entregar.

—Y Aziria también, Tsalisvar.

—Eso no es lo pactado.

—¡Tsalisvar, no olvide que ahora el que da las órdenes soy yo! ¿Me ha entendido?

—Aziria también —murmuró, resignado el déspota.

Perfectamente. Ahora van a oír mis últimas condiciones. Lo primero que harán, cuando se abra la puerta, será dejar a Karin en ella, de modo que nosotros podamos tomarlo sin daño. Después usted entrará con una proclama, firmada y sellada debidamente, la cual será leída a toda la población del planeta, en la que usted declara que resigna el poder manos del Consejo de Regencia que gobernará a Ceres hasta que el niño alcance su mayoría de edad. ¿Me ha comprendido?

Tsalisvar barbotó una inacabable serie de maldiciones. Fay, horripilada, se tapó los oídos, en tanto que Fillis reía a mandíbula batiente.

—Está bien —dijo el Gran Khan, con voz cansada—. Haré lo que

usted dice. Pero… ¿qué será de nosotros cuando haya resignado el poder?

—Serán trasladados a la Tierra, en donde vivirán el tiempo que la Federación estime conveniente.

—¿Y quién me lo garantizará? ¿Quién firmará el tratado en nombre de la Federación?

Una voz se oyó inesperadamente. Fay se adelantó un par de pasos, de modo que su esbelta figura se mostrase en todo su esplendor bajo los objetivos de la televisión…

—¡Yo! ¡Yo, Fay Hill, adjunto del secretario de asuntos espaciales de la Federación, con poderes suficientes para firmar y ratificar el tratado!

Entonces fue cuando a Gus le llegó la hora del asombro.

—¡Fay, muchacha! ¡Eso no me lo había dicho…! ¡Oh, perdón; debí tratarla de Excelencia…!

Ella sonrió encantadoramente.

—No se preocupe, Gus; lo de menos son ahora los tratamientos. Lo que importa es llevar a cabo nuestra misión…, y casi está a punto de ser vencida.

Media hora más tarde Tsalisvar llamó:

—Señorita Hill, lo tengo todo listo para la firma. Cuando quieran pueden abrir la puerta.

Gus agitó la mano.

—Fillis, véngase para acá —y cuando tuvo al pistolero a su lado, le indicó la abertura practicada en la bomba—. ¿Le temblará el pulso, llegado el momento, si es que Tsalisvar intenta jugarnos una trastada?

Fillis tragó saliva, pero se mantuvo firme.

—¡Cielos, no! Cualquier cosa es preferible antes de caer en las manos de ese granuja. Sería capaz de arrojarnos a las tarántulas del Valle Blanco.

—Perfectamente, pues, Fillis. No vacile en disparar si yo se lo digo. Es mejor morir de una vez que no atormentados por Tsalisvar.

—Descuide, jefe; yo soy su hombre.

En tanto que Fillis apuntaba a los mecanismos de la bomba, Gus intimó con su fusil al científico.

—Usted abra la puerta. Y no intente nada, o lo asaré antes de que tenga tiempo de darse cuenta de nada.

El hombre estaba despavorido. Balbuciendo palabras inconexas, se aproximó al mando de apertura.

—En cuanto se vea al niño usted, Fay, tómelo y échese a un lado.

—Entendido, Gus —asintió ella, yéndose hacía la puerta.

Ésta comenzó a girar lentamente a un lado, hasta que, al fin, tras un lapso de tiempo que a Gus se le hizo interminable, quedó abierta en su totalidad. Entonces un par de manos, cuyo cuerpo no se veía, depositaron al pequeño Karin en el suelo. El niño, balbuciendo en su ininteligible lenguaje, comenzó a gatear hacia la estancia.

Conforme a lo acordado, Fay salió rápidamente y lo tomó en brazos, retirándose a un lado con veloces movimientos. Un momento más tarde, Tsalisvar y Aziria, los dos juntos, surgieron bajo el dintel de la entrada.

Pero no iban solos, sino acompañados de dos oficiales de alta graduación. Uno de ellos llevaba un documento en la mano.

Gus frunció el ceño.

—¿Qué es esto? —inquirió.

—Te traemos —contestó el oficial— a los dos culpables. Somos nosotros quienes les hemos obligado a firmar la proclama de rendición y abdicación de poderes. Aquí los tienes, capitán Kilroy.

Gus se frotó la mandíbula.

—Está bien —dijo—. Dejadlos aquí, solos con nosotros.

—Nos gustaría que leyeras antes el contenido del documento, capitán Kilroy —insistió el oficial—. Queremos estar seguros de ello.

—¿Por qué?

—No tenemos ningún deseo de que se nos implique en esto a quienes solamente fuimos unos simples servidores del Gran Khan, capitán Kilroy.

—Eso me parece muy justo —dijo Gus, avanzando un paso—, y creo poder prometeros que no os ocurrirá nada.

Avanzó nacía el individuo, mirándole fijamente al rostro. Pero de repente se percató de un detalle.

¡EL PAPEL TEMBLABA VISIBLEMENTE EN LAS MANOS DEL OFICIAL!

Dio un salto atrás, gritando:

—¡Fillis, es una trampa! ¡La bomba!

En un segundo había captado Gus el alcance de la trampa que

pretendían tenderles. De haber obrado de buena fe, el oficial no habría vacilado, pero sus nervios, al verse a sólo unos metros del desastre que podía sucederles a todos, le habían traicionado.

Tsalisvar se quitó la máscara, echando mano a una pistola desintegrante que tenía oculta bajo las ropas. Pero alguien fue más rápido que él.

El fusil de Fillis tableteó siniestramente, enviando una descarga que impactó de lleno en el cuerpo de Tsalisvar. Éste se convirtió al momento en una verdosa nube de humo, de pestífero olor, en cuyo seno giraban y se arremolinaban millares de luminosos puntos, que fueron desapareciendo a medida que la nube se esfumaba.

Aziria aulló como una posesa. También intentó sacar un arma, pero no en vano era Fillis un veterano curtido en tal clase de luchas. La mujer se evaporó antes de que hubiera podido asir tan siquiera la culata del arma.

Por su parte, los dos oficiales, viéndose perdidos, alzaron instantáneamente las manos.

—Por favor —clamaron—, no disparéis contra nosotros. Tsalisvar nos obligó y…

—Está bien —gruñó el joven—. Echaos a un lado. Fillis, vigílelos. Daremos a conocer la proclama de Tsalisvar, añadiendo además lo ocurrido. Estos oficiales y aquel sabio serán nuestros testigos, ¿entendido? —añadió dirigiéndose a los cautivos.

Los interpelados asintieron, temblando. Gus se apoderó del documento, y echó un rápido vistazo a su contenido, doblándolo luego y guardándoselo con aire satisfecho. Miro a Fay y ella le correspondió, sonriéndole de encantadora manera.

* * *

—Bien —dijo Gus unos días más tarde—, ya todo está solucionado, Excelencia. Por mi parte, creo que aquí no tengo ya nada que hacer.

—Le prohíbo que emplee el tratamiento cuando hable conmigo —sonrió Fay. ¿Qué piensa hacer ahora?

—El joven se rasco la cabeza. —Pues no lo sé. Expulsado de la Policía…

—¿Expulsado? ¿Quién ha dicho tamaña tontería? ¿No sabe que

está repuesto en su cargo?

—¿Quién se lo ha dicho?

—Yo —replicó Fay muy decidida—. Tengo autoridad para ello. ¿O acaso lo ignora?

—Ignoro tantas cosas de usted —se lamentó el joven—. Buena nos la jugó, haciéndose pasar por una espía o cosa por el estilo.

—Convenía que hubiera alguien de confianza en la pandilla, Gus. Y yo me ofrecí para la misión, máxime sabiendo que había un niño de por medio.

—Tampoco eso me lo dijeron —refunfuñó Gus.

—Usted no tenía que ocuparse de Karin, sino de Tsalisvar. Y ya lo hizo a entera satisfacción de todos.

—Dele las gracias a Fillis; a fin de cuentas, él fue quien, desobedeciendo mis órdenes, los liquidó a los dos.

—No me ha gustado nunca darme por vencido sin apurar las posibilidades de salvarme —dijo a esta razón el pistolero, quien estaba en un rincón de la estancia jugando con el niño.

Karin parecía haberse encariñado enormemente con Fillis, Este se dejó caer de espaldas y alzó al pequeño en sus manos.

—Está visto que tendré que dejar mi profesión; es demasiado peligrosa. Y la de niñero no me va del todo mal.

Como asintiendo a sus palabras, Karin emitió un alegre gañido. Gus y Fay se miraron, riendo. Pero, de pronto, la joven se tornó seria.

—¿Le ocurre algo, Fay? —preguntó Gus.

—Sí… ¿Qué piensa hacer usted?

—Ya se lo dije antes. Yo…

—Escuche, Gus. Yo tengo ahora una misión muy importante que realizar. He de quedarme en Ceres como Comisario de la Federación hasta tanto Karin alcance la mayoría de edad. Necesitare alguien que me ayude…

—Fillis puede ser su hombre, Fay —sugirió Gus.

Pero ella negó con un breve movimiento de cabeza.

—No; yo quiero algo más. Por ejemplo…

Gus sonrió y alargó sus brazos, encerrando entre ellos a la joven.

—¿Amor?

Fay, deliciosamente sonrojada, asintió.

—Eso es. Gus: amor.

Pero yo soy un policía expulsado. Golpeé a un coronel…

—El coronel se lo tenía bien merecido. Una posterior investigación, demostró que estaba embriagado y que cumpliste con tu deber desposeyéndole del mando. Acaso te excediste en lo del puñetazo, pero ¡vaya!, ¿quién sabe lo que yo hubiera hecho en tu lugar?

El joven lanzó un suspiro.

—Está bien —dijo—. Jamás me imaginé que llegaría a convertirme en Comisario Consorte, pero…

—Para ti no seré el Comisario, sino tu esposa, querido.

—Amén —exclamó el joven, inclinándose sobre la muchacha y besándola.

Karin lanzó un alegre gritito y agitó sus brazos en dirección a la pareja. Fillis le hizo volverse de espaldas.

—Cuidadito, pollo; todavía eres menor de edad —dijo.





GUY MADISON en una escena de la película «On the Threshold of Space», de 20th. Century Fox

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.